

LA INNOVACION AGROPECUARIA ENTRE LOS  
INDIGENAS PAMPEANO-PATAGONICOS.  
GENESIS Y PROCESOS

Miguel Angel Palermo<sup>1</sup>

UBA/CONICET

Personalmente no creo válida esa vieja distinción entre "sociedades frías" y "sociedades calientes" pero, más allá de

---

<sup>1</sup> Aclaración del autor: Terminada la primera versión de este trabajo, conocí dos publicaciones de Raúl Mandrini aparecidas en los dos números anteriores de este ANUARIO, cuya cita hallará el lector más adelante. Tuve entonces dos sensaciones opuestas. La primera fue de felicidad por disponer de dos excelentes estudios sobre cuestiones que tanto tienen que ver con mi tema de investigación desde 1985 (la evolución de los sistemas económicos y sociales indígenas en relación con el ganado y con los cultígenos de introducción europea en la Argentina), accediendo así a materiales sobre los cuales más de una vez conversamos con Mandrini, coincidiendo en una comunidad de enfoques hacia muchos aspectos, no oscurecida por la divergencia en algunas interpretaciones particulares. La segunda sensación fue de franca incomodidad: formulándonos preguntas similares y pasando por encima de viejos estereotipos, los dos transitamos -independientemente pero con resultados análogos en ciertos puntos- muchas fuentes ineludibles, y la información aquí presentada tiene (especialmente en lo referente al siglo XIX) similitudes con la de dicho autor, más allá de que exista una distinta formulación de hipótesis. De aquí mi incomodidad, en dos sentidos: por el trabajo que me hubiese ahorrado en la obtención de algunos datos en caso de haber contado a tiempo con ambas publicaciones, y por el temor a malas interpretaciones sobre mi honestidad. Opté por señalar en distintos casos aquellos puntos desarrollados por Mandrini, de quien -por otra parte- he tomado también información, debidamente citada. De todos modos, quiero recordar especialmente al lector la fundamental importancia de dichas obras de Mandrini, pioneras e insustituibles para el conocimiento de las sociedades pampeanas del siglo XIX, a las que hay que agregar su estudio de 1985 publicado por EUDEBA (al cual cito en este trabajo) y también su recopilación de textos LOS ARAUCANOS DE LA PAMPA EN EL SIGLO XIX, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.

estas disquisiciones, considero que en todo caso las sociedades indígenas que entre los siglos XVI y XIX poblaron la Pampa y la Patagonia deberían encuadrarse entre las segundas, como demuestran los rápidos cambios en su aparato productivo y en su organización sociopolítica registrados a partir de la instalación hispana en lo que hoy son la Argentina y Chile.

En esa transformación, juegan un papel central los animales domésticos y los cultígenos introducidos desde Europa, alrededor de los cuales estos grupos estructuraron en gran medida sus modalidades productivas y su sociedad.

Por otra parte, si entendemos la Etnohistoria no como historia de las etnias aborígenes -esta historia particular no tiene por qué separarse de la historia en general-, sino como una lectura antropológica de las fuentes<sup>2</sup>, forzosamente hemos de analizar estos procesos que aquí nos ocupan en relación con los contextos históricos regionales, que hacen inteligible buena parte de lo ocurrido.

Las poblaciones indígenas que en el período antes mencionado ocuparon estas dos regiones -que conviene tratar conjuntamente debido a la intensa antropodinamia que las vinculó- son un caso peculiar dentro del mundo colonial hispanoamericano, caso que reconoce similitudes con la Araucanía chilena (crecientemente integrada en lo económico y en lo cultural con las llanuras argentinas) y con el Chaco centro-austral. Se trata de pueblos que, pese a una constante situación de contacto con europeos y criollos, lograron mantener por tres siglos su autonomía y el control de su espacio, al tiempo que incorporaban en gran escala elementos hispanos, entre los cuales tuvieron cabida y notable repercusión varios animales domésticos y algunas plantas cultivadas. A diferencia de otros pueblos indígenas, sometidos en el aparato colonial, aquí la adopción de innovaciones no fue inducida ni forzada, sino consecuencia de un proceso de selección propio, y se organizó en torno de modalidades productivas diseñadas por los propios interesados.

#### Una autonomía integrada al espacio económico colonial

Sin embargo, que estos pueblos fuesen autónomos y ejercieran

---

<sup>2</sup> Santamaría, D.J., "La historia, la etnohistoria y una sugerencia de los antropólogos", DESARROLLO ECONOMICO, 99 (25), Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires, 1985.

total control sobre sus territorios (con avances y retrocesos de sus fronteras) frente al aparato colonial primero y republicano después, no significa que estuviesen aislados en sus tierras ni que fuesen marginales respecto del proceso económico-social que se desarrollaba en el área (tendencia bastante usual en las interpretaciones de la Etnografía clásica).

Con frecuencia se ha intentado explicar los efectos de la incorporación de especies agropecuarias en las sociedades indígenas centrandó la atención en las variaciones producidas en el consumo; de ese modo, se logra en realidad una comprensión muy limitada del tema. Cuando la Etnografía tradicional argentina, por ejemplo, ve la importancia del ganado de origen europeo entre las comunidades chaquenses y pampeanas (dándole, dicho sea de paso, una desproporcionada importancia al caballo<sup>3</sup>), lo hace en función de las innovaciones en la dieta, en las disponibilidades de cuero, en las técnicas de caza y transporte y en las tácticas bélicas (señalando también algunas transformaciones sociales no claramente fundamentadas en su causación). Pero el caso es que, sin negar la indiscutible repercusión que eso significa, este enfoque se limita a lo secundario, a las consecuencias más visibles de un cambio mucho más profundo: la progresiva aparición de una nueva economía basada en gran parte en el comercio de animales a cambio de manufacturas y materias primas importadas, definitivamente incorporadas en la vida cotidiana. Este comercio no se restringía dentro de un mundo indígena supuestamente cerrado, sino que integraba a éste en los mercados regionales y se realizaba aprovechando las contradicciones de intereses entre distintos sectores de la Colonia y posteriormente las repúblicas: cuando las tribus no vendían ganados de sus propios rodeos o de las manadas de animales silvestres (caballos "baguales" y vacunos "cimarrones" reproducidos libremente en los campos), los extraían de las estancias para llevarlos a distintos centros, muchas veces utilizando intermediarios indígenas. A nuestro entender, es justamente esta actividad la que explica el extraordinario auge del ganado en estas regiones<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> Véase crítica al respecto en Palermo, M.A., "Reflexiones acerca del llamado 'complejo ecuestre' en la Argentina", RUNA, XVI, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, [en adelante ICA, FFyL, UBA], 1986.

<sup>4</sup> Ibidem.

## Aspectos aquí desarrollados

A continuación -y tras un breve panorama general sobre las etnias en cuestión- encararemos una reseña de los antiguos registros sobre aprovechamiento de las especies agropecuarias de introducción europea entre los indígenas de ambas regiones, y también discutiremos algunos temas específicos al respecto. Obviamente, lo más interesante de estos procesos de innovación no radica en las fechas más o menos precisas que puedan establecerse en relación con ellos, aunque el carácter muy temprano de algunos casos sirve como indicador de una notable capacidad para incorporar eficazmente nuevos elementos económicos y culturales en general. Con todo, el aspecto cronológico del asunto -que a veces resulta un tanto tedioso- es imprescindible para encuadrar estos fenómenos en el marco histórico de la evolución del sistema colonial. En la última parte de este trabajo, abordaremos en términos generales las complejas consecuencias siguientes y señalaremos aspectos que es necesario desarrollar.

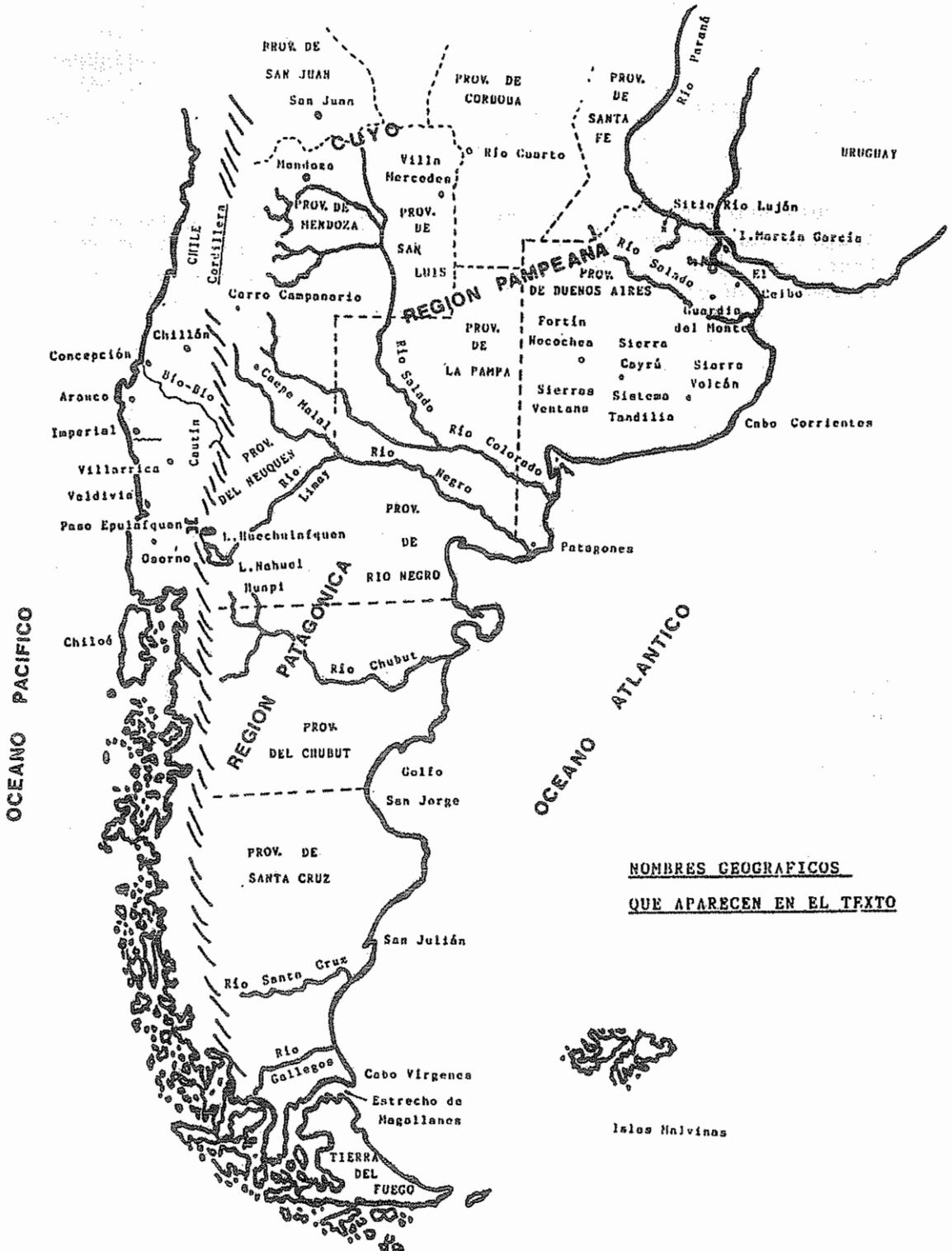
### Pampa y Patagonia: panorama general

Como vimos antes, ambas regiones (pese a diferencias de tipo geográfico) deben considerarse en conjunto debido a las fuertes conexiones humanas entre ellas que, desde nuestro centro de interés, harían absolutamente artificial su tratamiento separado.

Para el siglo XVI, siguiendo en general el esquema de Casamiquela<sup>5</sup>, tres grandes grupos étnicos ocupaban estos dilatados espacios: los tehuelches meridionales, desde el sur de la actual provincia de Santa Cruz hasta aproximadamente el Río Chubut; los tehuelches septentrionales (incluyendo a los "querandies"), desde allí hasta las llanuras del sur de Santa Fe, Córdoba y San Luis; y los "pehuenches primitivos", de dudosa filiación, que aparecían en las montañas del centro y el norte del Neuquén (extendiéndose también sobre las laderas

---

<sup>5</sup> Casamiquela, R.M., RECTIFICACIONES Y RATIFICACIONES HACIA UNA INTERPRETACION DEFINITIVA DEL PANORAMA ETNOLOGICO DE LA PATAGONIA Y AREA SEPTENTRIONAL ADYACENTE, Bahía Blanca, Cuadernos del Sur, 1965; y Casamiquela, R.M., UN NUEVO PANORAMA ETNOLOGICO DEL AREA PAN-PAMPEANA Y PATAGONICA ADYACENTE. PRUEBAS ETNOLOGICAS DE LA FILIACION TEHUELCHES SEPTENTRIONAL DE LOS QUERANDIES, Santiago de Chile, Ediciones del Museo Nacional de Historia Natural, 1969.



NOMBRES GEOGRAFICOS  
QUE APARECEN EN EL TEXTO

cordilleranas de Chile a esas latitudes), llegando a los dominios de chiquillanes, morcoyanes, tunuyanes y otros pueblos del sur de Mendoza. En el siglo XVII y fundamentalmente el XVIII comienza a sentirse in crescendo la influencia de los 'araucanos' (en sentido amplio y no limitado a los indígenas de la provincia de Arauco en Chile), que desde entonces empezaron a expandirse desde el Neuquén hasta llegar a Buenos Aires, al tiempo que su lengua se difundía entre otras etnias, igual que muchos de sus rasgos culturales.

La subsistencia de los primeros tres grupos étnicos se basaba originariamente en la caza y la recolección de plantas silvestres, aparentemente con mayor vigencia de ésta en la región pampeana, donde la algarroba (Prosopis sp.) y otras especies tenían importancia considerable en algunas épocas del año.

En el área pehuenche, este papel era cumplido por los piñones de pehuén o araucaria (Araucaria araucana), base de la dieta durante el invierno.

Presas de caza eran el guanaco (Lama guanicoe) y el "avestruz" o "chike" (Rhea darwiniana o Pterocnemia pennata según las zonas), a los que se añadían venados de las Pampas (Ozotoceros bezoarticus), principalmente en la Pampa Húmeda, y otros cérvidos, además de animales de menor tamaño que proveían de carne y/o pieles: zorros de varias especies (Dusicyon sp.), zorrinos (Conepatus sp.), "nutrias" o coipos (Myocastor coypus), maras o liebres patagónicas (Dolychotus patagonicus), armadillos (fam. Dasyproctidae), etc., a los que entre los querandíes se agregaba tal vez la pesca.

Estas poblaciones realizaban una serie de desplazamientos estacionales según la oferta variable de recursos naturales. Para Casamiquela y Moldes<sup>6</sup>, en el área querandí, junto con los "pulsos" migratorios debidos a la caza, habría otros determinados por la recolección; al respecto recordemos que muy posiblemente el verano fuera época de las mayores concentraciones humanas en la Pampa Húmeda dada una conjunción de factores: a) la formación de grandes manadas de venado ocurre especialmente entre enero y febrero, época en que además los animales están mejor alimentados y por tanto su caza es más

---

<sup>6</sup> Casamiquela, R.M. y B. Moldes, "Revalorización de los querandíes. Etnología y paleoetnología de la provincia de Buenos Aires", SAPIENS, 4, Chivilcoy, Museo Arqueológico "Dr. Osvaldo F.A. Menghin", 1980, p. 32.

productiva<sup>7</sup>; b) es la temporada en que aparecen los chulengos o crias de guanaco<sup>8</sup>, presa favorita -al menos entre grupos posteriores de igual raigambre cultural- para el aprovechamiento de pieles (aunque debe recordarse que no en toda esta subregión había guanacos); c) es el tiempo de aparición de grandes cardúmenes de sábalos (Prochilodus sp.), presuntamente consumidos por los querandíes. A estos ciclos estacionales volveremos más adelante, pues aparentemente se superpondrán con el calendario de ciertas actividades ganaderas de los indígenas.

Sobre esta antigua base económica se produjo la incorporación de distintas especies traídas por los españoles, que en la mayoría de los casos significó, ya que no un total abandono de las viejas prácticas de subsistencia, por lo menos su complementación con otras formas de producción y distribución.

La "araucanización" de la Pampa y el norte de la Patagonia, ocurrida cuando la innovación pecuaria ya estaba muy avanzada, trajo otra novedad: la agricultura; al contrario de lo que sostienen algunos trabajos clásicos, los 'araucanos' no perdieron sus prácticas agrícolas al instalarse al este de los Andes, sino que en realidad los tehuelches septentrionales y los "pehuenches primitivos", fuertemente influidos por su cultura, comenzaron a cultivar (en mayor o menor medida según las zonas) desde los siglos XVII y XVIII<sup>9</sup>. Los 'araucanos', además de cultígenos americanos como el maíz (Zea mays) o las cucurbitáceas, introdujeron aquí también cereales, legumbres y otras plantas aportadas originariamente por los europeos.

### El caso del caballo

Una de las especies traídas por los conquistadores y adoptadas en primer término por los indígenas de estas dos regiones fue el caballo, prioridad esta en gran medida atribuible a que su llegada precedió a otros ganados como el vacuno, el ovino o el caprino.

---

<sup>7</sup> Chébez, J.C., A. Johnson (inf.) y M. Giménez Dixon (rev. técnica), "El venado de las pampas", FAUNA ARGENTINA (M.A. Palermo, dir. ed.), 66, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina [en adelante CEAL], 1984, pp. 14-17.

<sup>8</sup> Erlich de Joffe, A. (informe) y J. Cajal (revisión técnica), "El guanaco", FAUNA ARGENTINA (G. Montes, dir. ed.), 5, Buenos Aires, CEAL, 1983.

<sup>9</sup> Palermo, M.A., "Reflexiones...", cit., pp. 160-162.

En general, cuando se habla de la difusión de los equinos en las regiones pampeana y norpatagónica, la mayoría de los autores tiene en cuenta solamente el área bonaerense como centro irradiador. En efecto, se sabe que cuando los españoles abandonaron la primera Buenos Aires y se retiraron hacia la futura Asunción en 1541, no pudieron llevar algunos caballos y yeguas: alrededor de una decena según el grueso de las versiones, pero que Rivadeneyra lleva a cuarenta y cuatro; a esa cantidad habría que añadir posibles ejemplares huidos en el transcurso del primer poblamiento de Buenos Aires. Cuatro décadas después, a despecho de la proliferación de grandes felinos en la zona, el mismo Rivadeneyra dice que, de acuerdo con informaciones de los indígenas, los caballos salvajes descendientes de aquéllos eran muy numerosos, como pudo luego comprobar personalmente Garay en 1582.

Pero además de ese stock, para toda la región pampeana y la Patagonia hay que considerar también otras vías prácticamente simultáneas de difusión equina. Como hace notar Cooper en un viejo trabajo de 1925, poco tenido en cuenta, el centro de Chile y Cuyo seguramente fueron focos de irradiación de la especie a partir de 1540 y 1560 respectivamente, dando origen a las caballadas más occidentales del país.

En cuanto a Chile, creemos importante recordar: a) la gran cantidad de pasos cordilleranos accesibles desde el sur de la actual provincia de Mendoza hasta la de Río Negro; b) el cruce al parecer frecuente de grupos de tehuelches septentrionales y pehuenches hacia la Araucanía y los centros hispano-chilenos; y c) la ubicación de los pehuenches sobre las dos vertientes andinas y así, del lado de Chile, en relación temprana con gente de a caballo. Por otra parte, los 'araucanos' (que se hicieron rápidamente ecuestres) pudieron introducir algunos animales; consta que en el siglo XVII cruzaban a veces la cordillera en busca de sal, actividad que pudo también haber ocurrido en el siglo anterior, ocasión en que pudieron entrar caballos. El hecho es que el contacto transcordillerano era intenso en el siglo XVI: en 1582 Garay encontró que los indígenas de Cabo Corrientes (actual provincia de Buenos Aires) tenían en su poder objetos hechos por los araucanos de Chile; como para ese entonces éstos eran ecuestres, no puede descartarse que junto con otros bienes de intercambio hubieran ingresado algunos caballos hacia el Neuquén. Por su parte, los españoles hicieron desde Chile ciertas incursiones al este de la cordillera ya en tiempos de Pedro de Valdivia, pudiendo introducir así animales, e incluso hacia fines del siglo XVI algunos misioneros ingresaron en la zona del lago Nahuel Huapi, donde se mantuvieron hasta 1602 y fueron posibles agentes de entrada de equinos. Sin embargo, nos parece más

factible el paso de caballos desde Chile por desplazamientos espontáneos de los animales y por acción de los indígenas.

En cuanto a Cuyo como otra posible vía de difusión de caballadas, debe recordarse que antes de la fundación de la ciudad de Mendoza circularon por esa región varias expediciones hispanas, dando repetidas ocasiones para que quedaran animales alzados o perdidos. Cuando entre 1560 y 1562 se establecieron Mendoza y San Juan respectivamente, las oportunidades se multiplicaron<sup>10</sup>.

A nuestro entender, es grande la posibilidad de que los pehuenches y grupos de tehuelches septentrionales o 'puelches' se iniciaran en la equitación durante el siglo XVI. Según Rosales, en 1553 los habitantes de Villarrica (Chile) tenían tratos con miembros de ambas etnias ya que algunas parcialidades o tribus estaban encomendadas a ellos, seguramente con encomiendas sólo formales, que no implicarían real sujeción sino prestaciones eventuales de servicios a cambio de retribuciones, como hacían algunos 'pampas' de Buenos Aires a principios del siglo XVII. Los contactos transcordilleranos fueron usuales mientras los 'araucanos' se iban afianzando paulatinamente en el uso del caballo. La presencia de 'puelches' ("gente del este" en lengua araucana) era tan frecuente que incluso participaban en las guerras junto a los indígenas locales: Ercilla mencionaba la aparición de "los Puelches, gentes banderizas" acompañando a los ejércitos 'araucanos' y en 1558 se culpaba de los ataques en la zona de Valdivia a "indios que estaban sobre la cordillera, que son salteadores, que se dicen Poelches, que es mala gente", según consta en el proceso

---

<sup>10</sup> Rivadeneyra, J. de, "Relación de las provincias del Rio de la Plata, por Fr. ..., 1581". REVISTA DE LA BIBLIOTECA PUBLICA DE BUENOS AIRES [en adelante RBP], III, Buenos Aires, 1881, pp. 24-25; Giberti, H.C.E.. HISTORIA ECONOMICA DE LA GANADERIA ARGENTINA, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1981, p. 23; Garay, J. de, "Carta de... a S.M., en que da cuenta de las cosas de la tierra, refiere sus trabajos y solicita mercedes. Santa Fe, 20 de abril de 1582", en Levillier, R. (ed.), CORRESPONDENCIA DE LA CIUDAD DE BUENOS AYRES CON LOS REYES DE ESPAÑA, I, Buenos Aires, Municipalidad de Buenos Aires, 1915, pp. 427-428; Cooper, J.M., "Culture Diffusion and Culture Areas in Southern America", XXI<sup>o</sup> CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS, 2, Göteborg, 1925, p. 408; Góngora Marmolejo, A. de, "Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575, compuesta por el capitán... y seguida de varios documentos" en COLECCION DE HISTORIADORES DE CHILE Y DOCUMENTOS RELATIVOS A LA HISTORIA NACIONAL [en adelante CHCH], 29 t., Santiago (1861-1902), II, 1862, pp. 28-33; Outes, F.F., nota a Cardiel, J., "Diario del viaje y Misión al río del Sauce realizado en 1748", PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GEOGRAFICAS, serie A, 13, Buenos Aires, 1930, p. 248.

contra Villagra. En 1563, este mismo general español dispersa un contingente 'puelche' que se encaminaba hacia Arauco en apoyo de los sitiadores del fuerte, y ese año, según Rosales, durante el ataque a Concepción el jefe Caupolicán dispuso una reserva de hombres para custodia "del bagaje y gente, y en particular a los puelches, como a nación no tan ejercitada en armas y no tan atrevida" encomendó esa misión. Para 1565, las incursiones pehuenches llevan a la construcción del fuerte de San Ildefonso, cerca de Chillán (pronto destruido); diez años después, según Mariño de Lovera, puelches "de las sierras nevadas" (posiblemente pehuenches) se adhieren al alzamiento ocurrido en la amplia zona comprendida entre Valdivia, Osorno, Imperial y Villarrica; y hay que notar que en esta época los aliados 'araucanos', que venían de treinta años de experimentar con los caballos, ya utilizaban la caballería en la guerra. En 1576, quinientos 'puelches' aparecen robando ganado en Valdivia, mientras que partidas transcorderas de 'puelches' y 'serranos' llegan a Catiray y Mareguano (al sur de Concepción) para apoyar a los rebeldes. En 1580 se funda Chillán, inmediatamente hostilizada por los pehuenches; a los tres años, éstos y grupos de 'puelches' se alían con las fuerzas dirigidas por el mestizo Alonso Díaz: en tanto este jefe ataca Concepción y Villarrica, aquéllos acosan Chillán, actividad que continuarán en 1584, cuando se alían con los 'llanistas' de Arauco y Purén<sup>11</sup>.

Esta asidua presencia en Chile, a veces saqueando ganado en zonas muy alejadas de sus territorios, y en momentos en que los indígenas locales -sus aliados circunstanciales- eran ya ecuestres, junto con una factible disponibilidad de caballos

---

<sup>11</sup> Rosales, D. de. HISTORIA GENERAL DEL REYNO DE CHILE, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877-1878, I, p. 469, II, pp. 129 y 132; León Solís, L., "Las invasiones indígenas contra las localidades fronterizas de Buenos Aires, Cuyo y Chile, 1700-1800", BOLETÍN AMERICANISTA, año XXVIII (36), Barcelona, Universidad de Barcelona, 1986, pp. 76-77; Vignati, M.A., "Los habitantes protohistóricos del Neuquén y zonas adyacentes", PRIMER CONGRESO DEL AREA ARAUCANA ARGENTINA, II, Buenos Aires, Provincia del Neuquén y Junta de Estudios Araucanos, 1963, p. 234; Mariño de Lovera, P., "Crónica del Reino de Chile, escrita por el capitán don...", CHCH, VI, 1865, pp. 343,351; Olivares, M. de, "Historia militar, civil y sagrada de lo acaecido en la conquista y pacificación del Reino de Chile, desde la primera entrada de los españoles hasta la mitad del siglo décimo octavo de nuestra Redención", CHCH, IV, 1864, p. 258; Gay, C., HISTORIA FISICA Y POLITICA DE CHILE, Paris, casa del autor /Chile, Museo de Historia Natural de Santiago, 1844, t. 2, pp. 106-108; Córdoba y Figueroa, P., "Historia de Chile por el maestro de campo don... (1492-1717)", CHCH, II, 1862, p. 147; Ovalle, A. de, "Histórica relación del Reyno de Chile...", CHCH, XII y XIII, 1888, t. 2, p. 14.

baguales en las llanuras argentinas, permite suponer una temprana adquisición del equino por los grupos del este de Norpatagonia. Pero no encontramos mención expresa hasta 1621, año en que Flores de León pasa al Nahuel Huapi e informa que los indios del sur del río Limay, al parecer cazadores del tronco tehuelche septentrional, tenían "caballos y perros de caza". En 1622, Jerónimo de Cabrera se interna en territorios indígenas hasta el pie de la cordillera neuquina, donde es hostigado por los pehuenches, que le roban caballos; seis años después, cuando los españoles pasan los Andes desde Chile y atacan a parcialidades de esta etnia, les quitan treinta equinos. En ese momento, por otra parte, aparecen también como ecuestres los 'puelches' o 'pampas' de San Luis, que habitaban en toldos de cuero de caballo y se encargaban de cuidar el ganado de un español de la zona. Entre 1629 y 1672 (época de las observaciones directas del Padre Rosales), los puelches, morcoyanes, chiquillanes, etc., del sur de Mendoza y norte de Neuquén habían incorporado plenamente el caballo en su cultura: se untaban el cuerpo con grasa de potro y sacrificaban animales durante los ritos fúnebres, dato este último también proporcionado en 1665 por el obispo Humanzoro, quien asimismo informaba sobre la aparición de piezas del apero de montar en los ajuares mortuorios. En contraste, los huarpes de las lagunas de Guanacache, no muy alejados de ellos, no tenían aparentemente caballos, por lo menos entre 1609 y 1610, cuando fueron visitados por los jesuitas<sup>12</sup>.

La pampa bonaerense fue, como vimos, uno de los principales centros de irradiación regional de ganado equino (y el más antiguo). Allí, la población indígena tuvo acceso desde la década de 1530 a estos animales, y se ignora en qué momento

---

<sup>12</sup> Flores de León, D., "Memorial de don...", en Vignati, M.A., "Los indios poyas...", NOTAS DEL MUSEO DE LA PLATA, IV (12), La Plata, Instituto del Museo de la Universidad de La Plata, 1939, p. 239; Cabrera, P., "Tiempos y campos heroicos", REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE CORDOBA, XIV (1-2) y (3-4), Córdoba, 1927, (1-2), pp. 57-58; Rosales, D. de, HISTORIA..., cit., II, pp. 97-98, III, p. 95; Casamiquela, R.M., UN NUEVO..., cit., p. 119; Canals Frau, S., LAS POBLACIONES INDIGENAS DE LA ARGENTINA, Buenos Aires, Sudamericana, 1953, p. 224; Humanzoro, D. de, "Auto del Obispo de Santiago, D. Fr.... contra los indios que se casan y entierran a su usanza gentilicia. 1665", en Métraux, A., "Contribution à l'ethnographie et l'archéologie de la province de Mendoza (R.A.)", REVISTA DEL INSTITUTO DE ETNOLOGIA DE TUCUMAN, 1, Tucumán, 1929, p. 24; "Cartas anuas de la provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1609-1614)", DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA ARGENTINA, XIX, Buenos Aires, FFVL, Instituto de Investigaciones Históricas, 1927, pp. 21, 65 y 66.

comenzaron a hacer uso de ellos. Muchos antropólogos e historiadores dan por seguro que en 1582, cuando Juan de Garay tomó contacto con los indígenas asentados en Cabo Corrientes, éstos iban de a pie; la verdad es que -si analizamos atentamente su carta- vemos que simplemente no dice que sean jinetes. Como los españoles solían no detenerse en describir cosas que para ellos eran normales -es el caso de la equitación-, no puede asegurarse terminantemente que para entonces los 'pampas' fueran aún pedestres<sup>13</sup>. El hecho es que en 1599 ya tienen gran dominio sobre los caballos salvajes que abundan en el área; el gobernador Rodríguez Valdés y de la Banda informa ese año al Rey que los indios de Buenos Aires "por un cercillo o cuchillo darán un caballo [...] porque como señores de la campaña lo son de dos millones de yeguas y caballos que andan en ella, de los cuales comen y se sirven", ofreciéndonos también así la primera mención de la típica hipofagia de los pueblos pampeanos. Aunque el funcionario no aclare expresamente que dichos indígenas practiquen la equitación, esto parece muy probable dada su capacidad en el manejo de estos animales, con los que por lo visto comerciaban, es decir que eran capaces de arrearlos, sujetarlos, etc. Unos diez años después, los pampas de Buenos Aires eran reconocidamente mejores jinetes que los españoles, según una memoria de aproximadamente 1609, donde se informaba que las abundantes caballadas silvestres "han dado ocasión a los indios de andar a caballo y están tan diestros que no les da cuidado silla ni aparejo"<sup>14</sup>.

---

<sup>13</sup> Un buen ejemplo de cómo los documentos españoles no necesariamente asientan datos de cosas 'normales' para sus autores lo tenemos en la primera mención que hallamos sobre equitación indígena en el Noroeste. En la probanza de méritos y servicios de Luis de Fuentes, fundador de Tarija, se menciona cómo en tiempos del gobernador Abreu, (1573-1577) hubo un combate con los purmamarca de Jujuy. Tras describir las alternativas del mismo sin mencionar el uso de caballos, se hace inventario del botín de guerra español, que incluye una docena de caballos ensillados y lanzas, empleados por los indios en la lucha, información que sólo así sale a la luz. Ver "Informacion de los meritos y servicios de Luis de Fuentes...", 1604, Archivo General de Indias [en adelante AGI], Patronato, 142.

<sup>14</sup> "El Governador del Río de la Plata a Su Magestad. Buenos Ayres, 28 de septiembre 1599", en Levillier, R. (ed.), CORRESPONDENCIA..., cit., 1915, t. 1, p. 74; "Memoria de las Poblaciones y Provincias destas Governaciones del Paraguay y Río de la Plata, de los yndios cristianos e ynfielos de que se tiene noticia en ellas y de los sacerdotes que están ocupados en las doctrinas", en Cervera, M.M., HISTORIA DE LA CIUDAD Y PROVINCIA DE SANTA FE. 1573-1853, Santa Fe, Librería, Imprenta y Encuadernación "La Unión", 1907, t. 1, Apéndices, p. 80.

Sobre los tehuelches meridionales, la información es relativamente tardía, ya que no se halla registro del uso del caballo entre ellos hasta el siglo XVIII y el dato se presta a polémicas, como veremos luego. Una excepción serían algunas tribus del lago Nahuel Huapi que, según Casamiquela, pertenecerían a dicha etnia -pese a su emplazamiento tan al norte- y que con seguridad se habrían hecho ecuestres al mismo tiempo que otros 'puelches' y que los pehuenches. Pero para los tehuelches del Sur el panorama es distinto. En 1582, Tomé Hernández, sobreviviente de la colonia de Sarmiento de Gamboa en el Estrecho de Magallanes, declara que los tehuelches de esa zona "siempre que los ví, andaban a pie, y [...] no vido caballos ningunos". En 1670, Wood y Narborough ven indígenas en el golfo de San Julián sin caballos; a continuación, se carece de información alguna hasta que en 1741 marinos ingleses sobrevivientes del Wager (navío de la accidentada armada de Anson) hacen la primera mención conocida de jinetes en la actual provincia de Santa Cruz, a quienes avistan cerca del Cabo Vírgenes. Para Outes y Cooper (quien al parecer se basa en el primero), es esta la primera cita de tehuelches meridionales a caballo, pero posteriormente Vignati acusó a Outes de recortar intencionalmente el texto en cuestión de Bulkeley y Cummins, cuyo análisis demostraría, en su opinión, que se trataba en realidad de europeos, según él llegados desde Chile o naufragos. Lo cierto es que, aunque efectivamente Outes reprodujo sólo en parte el testimonio de los británicos, un examen imparcial del mismo (en la transcripción del propio Vignati) no permite sacar conclusiones muy acabadas. Desde el mar, a una milla (unos 1.800 metros) de la costa, los marinos vieron una veintena de personas, cinco en caballos o mulas, que conducían ganado y les hacían señas; los tripulantes dedujeron que eran europeos, pero no pudieron acercarse más. Vignati acepta que se trataba de extranjeros venidos de Chile o naufragos y en apoyo aduce supuestas pruebas de que los tehuelches meridionales de ese siglo no tenían caballos; sin embargo, un análisis de las fuentes por él citadas contradice, en realidad, sus asertos<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> Ver Vignati, M.A., Notas a "Una narración fiel de los peligros y desventuras que sobrellevó Isaac Morris", en Vignati, M.A., VIAJEROS. OBRAS Y DOCUMENTOS PARA EL ESTUDIO DEL HOMBRE AMERICANO, Buenos Aires, Coni, 1956, t. 1, pp. 74-75. La referencia de Falkner alude en realidad no a tehuelches meridionales sino a los por éstos llamados vacana-cunis o gente de a pie, sobre quienes el cronista dice, transcribiendo a sus informantes: "...viven cerca del mar, sobre los dos lados del Estrecho [...] Usan de unas flotas ligeras, como las de Chiloé, para pasar el Estrecho". Como se sabe, los tehuelches meridionales no habitaban la margen sur del Estrecho ni navegaban; probablemente se trate de los que Casamiquela denomina "grupos metamórficos o

De todas formas, aunque aquellos jinetes del Cabo Vírgenes hubieran sido europeos, hay que tener en cuenta que con seguridad en esa época los tehuelches del sur ya andaban a caballo: sólo cuatro años más tarde los jesuitas Cardiel y Quiroga testimoniaban el uso de este animal en la funebria de los indios de San Julián (provincia de Santa Cruz), y en 1746 los "toelchús" aparecían en el río Negro buscando yeguas, como nos informa el primero de ellos. En 1754, Barne abunda en detalles sobre la equitación de los tehuelches de San Julián.

Sobre la base de los respectivos datos proporcionados por Wood y Narborough (indios a pie en San Julián en 1670) y por Bulkeley y Cummins que, como vimos, consideraban atribuibles a tehuelches meridionales, Outes y Cooper sostuvieron, en principio razonablemente, que la incorporación del caballo por esta etnia sucedió en algún momento posterior a 1670 y anterior a 1741. Sin embargo, creemos que el primer dato no debe llevarnos a conclusiones precipitadas.

Por empezar, los poyas (tehuelches septentrionales) que según Mascardi llegaron precisamente en 1670 al Nahuel Huapi desde zonas próximas a la costa patagónica, mantenían vinculaciones con tribus que Casamiquela considera del río Santa Cruz. Esto significa la posibilidad de que allí tuviesen algunos caballos, al menos procedentes de las parcialidades del Norte; recordemos que durante mucho tiempo los tehuelches septentrio-

---

marginales", en particular los 'guaycurúes' del Estrecho, frecuentemente cautivados por los tehuelches según Falkner (información corroborada por Cox en el siglo XIX). Ver Falkner, T., "Descripción de Patagonia y de las partes adyacentes de la América meridional...", en De Angelis, P., COLECCION DE OBRAS Y DOCUMENTOS RELATIVOS A LA HISTORIA ANTIGUA Y MODERNA DEL RIO DE LA PLATA [en adelante COYD], Buenos Aires, Imprenta del Estado, t. 1, 1836, p. 44; Cox, G.E., VIAJE EN LAS REJIONES SEPTENTRIONALES DE LA PATAGONIA, 1862-1863, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1863; Casamiquela, R.M., "Alacalufes, canoeros occidentales y pueblos marginales o metamórficos", RELACIONES DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGIA [en adelante RSAA], VII, n.s., Buenos Aires, 1973. Viedma, que según Vignati afirmaría en 1780 el carácter permanentemente pedestre de los tehuelches meridionales, da en realidad una visión distinta: "El cacique que señorea estos terrenos [al sur del río Gallegos, MAP] se llama Coopan: es de los que tienen más indios, pero todos de a pie [...] Sólo el cacique y sus mujeres se sirven de caballos, de que les surte su vecino Camelo, cacique de San Julián, desde años pasados, en que les hizo una invasión y se los quitó todos; con lo que, cuidando de dar a este Coopan los que su persona y mujeres necesitan, y ningún otro indio suyo los tenga, logra mantener bajo su dominio al cacique y a ellos". Viedma, A. de, "Diario de un viaje a la costa de Patagonia para reconocer los puntos en donde establecer poblaciones", en De Angelis, P., COYD, t. 1, 1837, p. 68.

nales fueron los proveedores de equinos para los grupos más australes. Además, está el caso de los "puelches del Nahuel Huapi", también descritos por Mascardi ese año; si efectivamente éstos eran de filiación tehuelche meridional, no es demasiado aventurado suponer contactos entre ellos y grupos de la misma etnia ubicados al Sur. Como en la zona del Nahuel Huapi los indígenas eran ecuestres hacia varias décadas para ese entonces, dichos contactos podrían también incluir suministros de caballos, especialmente si -más allá de simples trueques- se efectuaban matrimonios entre personas de ambas zonas, pues estos animales fueron usualmente parte de las dotes. Por último, la aparición de una tribu a pie en San Julián en 1670 no implica que el panorama fuese el mismo para todas las parcialidades de esta etnia, ya que la observación se limitó a ese caso. Además, en la Patagonia austral hubo siempre escasez de caballos y era relativamente frecuente que algunos grupos quedaran temporariamente a pie o que no todas las personas dispusieran siempre de un animal para su uso, debiendo a veces montar dos individuos en una misma cabalgadura. De manera que la adopción del caballo pudo efectuarse más antiguamente, aunque carezcamos de evidencia al respecto<sup>16</sup>.

---

<sup>16</sup> Ya vimos (nota 15) el caso de la tribu de Coopan en 1780; para la misma época, Viedma registraba en San Julián otros grupos con menos caballos que personas, panorama semejante al observado en 1834 por Arms y Coan en Bahía Gregorio (Santa Cruz). Ver Viedma, A. de, "Diario...", cit., y "Extracto de los diarios de los señores Arms y Coan - Noviembre 14 de 1834", REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL, III (9), Buenos Aires, Imprenta de la Biblioteca Nacional, 1939, p. 114. Sobre estos temas vinculados con el caballo en el sur de la Patagonia, ver, además de lo mencionado en notas 15 y 16; Hernández. T., "Declaración que de orden del Virrei del Peru D. Francisco Borja, Príncipe de Esquilache, hizo ante escribano, [...], de lo sucedido en las dos poblaciones fundadas en el Estrecho de Magallanes por Sarmiento de Gamboa" en Sarmiento de Gamboa, P., VIAGE AL ESTRECHO DE MAGALLANES POR EL CAPITAN. EN LOS AÑOS DE 1579 Y 1589 Y NOTICIA DE LA EXPEDICION QUE DESPUES HIZO PARA POBLARLE, Madrid, Imprenta Real de la Gazeta, 1768, p. XXVII; Outes, F.F., "La gruta sepulcral del Cerrito de las Calaveras" ANALES DEL MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL DE BUENOS AIRES, XXVII, Buenos Aires, 1915, pp. 387-388; Cooper, J.M., "Culture...", cit., pp. 406-408; Cooper, J.M., "The Patagonian and Pampean hunters". HANDBOOK OF SOUTH AMERICAN INDIANS [en adelante HSAI], t. 1, 1946, p. 139; Lozano, P., "Diario de un viaje a la costa magallánica en 1745, desde Buenos Aires hasta el Estrecho de Magallanes; formado sobre las observaciones de los P.P. Cardiel y Quiroga, por el P. ...", en De Angelis, P., COyD, t. 1, 1836, pp. 16, 20 y 21; Cardiel, J., "Diario...", cit., p. 252; Casamiquela, R.M., RECTIFICACIONES..., cit., p. 23 (nota) y "Algunos datos nuevos con relación al 'panorama etnológico de la Patagonia'", ETNIA, 5, Olavarría, Museo Etnográfico "D. Arce", 1967, pp. 11-13; Viedma, A. de, "Diario...", cit., pp. 42, 78; Palermo, M.A., "Reflexiones...", cit., p. 164.

## Las mulas

Para estas regiones, hay menos información sobre los inicios del uso de las mulas; lo más probable es que éste comenzara tempranamente, junto con el manejo del caballo. En el yacimiento neuquino de Caepe Malal y en otros de la zona, aparecen frenos muleros, lo que daría una evidencia indirecta (atribuible a los comienzos del siglo XVIII), pero no se encuentra constancia hasta 1779, cuando se registra una gran cantidad de estos animales y de caballos entre los pehuenches del Neuquén, según el virrey Vértiz. Un año después, Viedma observa también su uso entre los tehuelches de San Julián. El dato más antiguo de Bulkeley y Cummins (Cabo Virgenes, 1741) no es seguro, ya que dicen que vieron hombres (como vimos, de discutible filiación étnica) en "mulas o caballos"<sup>17</sup>.

## Los vacunos

En general se afirma que en una primera etapa los indios pampeanos se interesaron menos por las vacas que por los caballos y que no tuvieron mayor importancia en su vida hasta mediados del siglo XVII. En buena parte esto es cierto, ante nada porque los equinos comenzaron a reproducirse en la región desde fines de la década de 1530, mientras que los vacunos llegaron a ella medio siglo después. No obstante, su aprovechamiento es más temprano de lo que parece. Hacia 1611 ya hay información al respecto; en un documento de ese año, el procurador de la ciudad de Buenos Aires se queja de los indígenas de la zona: "huyen de los españoles, que es muy cierto que se sustentan de vacas, yeguas cimarronas que hay muchas en los campos". Diecisiete años más tarde aparecen varios registros. Según el gobernador Céspedes, llegó entonces a Buenos Aires una partida de quinientos 'serranos' (tehuelches septentrionales), quienes traían "armas [defensivas] de cuero de buey para sus personas y caballos", demostrándose así la incorporación del cuero vacuno al menos en la confección de los típicos

---

<sup>17</sup> Hajduk, A., "Algunos antecedentes arqueológicos de los mapuches en la Argentina", en CULTURA MAPUCHE EN LA ARGENTINA, Buenos Aires, Ministerio de Cult. y Ed., Instituto Nacional de Antropología, 1981-1982, y COMUNICACION PERSONAL al autor; carta del 24 de octubre de 1780 de J.J. de Vértiz a José de Gálvez con el "Testimonio del expediente obrado en el superior gobierno de Buenos Aires, sobre haberse denegado las paces a los indios aucaces", AGI, Buenos Aires, 60, p. 11; Viedma, A. de, "Diario...", cit., pp. 24-26; Outes, F.F., "La gruta...", cit., p. 388.

"coletos" indígenas. También en 1628 pehuenches y puelches cordilleranos aparecen manejando vacunos: auxilian al cacique 'araucano' Lientur quien, tras llevarse un gran rodeo de vacas de estancias de Chillán, las cruza al actual territorio argentino, en tierras de los primeros (sobre ésto, recordemos posibles antecedentes al respecto, sobre saqueos de ganados en Chile durante el siglo XVI). En 1647 los pehuenches colaboran en la represión a las tribus rebeldes de Osorno, ocasión en que se llevan las vacas y los caballos de éstas. Volviendo a los 'puelches' de Neuquén, en 1640 los vemos haciendo uso cotidiano del vacuno: según Ovalle, sus toldos eran de cuero de vaca, caballo o animales silvestres, y hacían las sogas de sus boleadoras con tendones de toro. Con esa arma, dice el cronista, derribaban no sólo "un hombre, sino también un potro, un caballo y un toro de los muchos que se crían en aquellos campos" al oriente de la cordillera. En 1650, Rosales cruza los Andes por Epulafquen y parlamenta con el cacique 'puelche' Guinulbiela, quien sacrifica una vaca para sellar la paz, evidenciándose cierta incorporación ceremonial de estos animales. En época de Rosales, el tránsito de vacunos por la cordillera era considerable en esa zona: "suelen pasar cuatro y cinco mil vacas"<sup>18</sup>.

Yendo al extremo sur de la Patagonia, volvemos al testimonio aquí doblemente ambiguo de 1741 sobre los tehuelches meridionales: los tehuelches que Bulkeley y Cummins ven en el Cabo Vírgenes arreaban una cantidad de ganado (en el original, "a large store of cattle"); como se sabe, en inglés cattle significa genéricamente 'ganado', pero el término se aplica normalmente al vacuno. Y es factible que se tratara de esta especie, porque no demasiado después, en 1781, los tehuelches de San Julián solían matar reses cimarronas en dicha zona -lo que muestra cierta antigüedad de la presencia del vacuno- y los indígenas que vivían al sur del río Chubut calzaban sandalias de cuero de buey (reemplazado, si este no estaba disponible,

---

<sup>18</sup> "Pedimiento del capitán D. Manuel de Frías, Procurador General del Río de la Plata y de la ciudad de Buenos Ayres [...] 1611-1617", en Levi Ilier, R. (ed.), CORRESPONDENCIA..., cit., t. 1, p. 311; Céspedes, F. de. "Carta del gobernador Céspedes a S.M. Buenos Aires, 15 de julio de 1629", en Peña, E., "Don Francisco de Céspedes. Noticias sobre su gobierno en el Río de la Plata (1624-1632)", ANALES DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE FILOSOFIA Y LETRAS, V, Buenos Aires, Coni, 1916, pp. 187-188; Canals Frau, S., LAS POBLACIONES..., cit., p. 224; Rosales, D. de, HISTORIA..., cit., I, p. 201, III, pp. 52, 55, 360 y 437; Ovalle, A. de, "Histórica...", cit., I, pp. 178-179.

por cuero de caballo o de guanaco)<sup>19</sup>.

## Los lanares

Poca información tenemos referida al uso de ovejas por los indígenas autónomos de estas regiones en los primeros años del establecimiento hispano.

El aporte arqueológico es, por el momento, escaso: si bien aparecen restos de esta especie en los sitios Río Luján y Fortín Necochea (provincia de Buenos Aires, partidos de Campana y General La Madrid, respectivamente), en el primer caso no hay seguridad de que aquéllos no sean intrusivos, ni existe precisión cronológica en ninguno de ambos.

Aunque no hay evidencia concreta, no resultaría extraño que en el siglo XVII las ovejas hubieran tenido poca importancia para los indígenas de la Pampa Húmeda: en esa época aún no eran tejedores, como serían más adelante por influencia 'araucana'; otras especies de ganados competían ventajosamente como proveedoras de carne y cuero (vacas y caballos), y tampoco el ovino representaba un bien de cambio con españoles y criollos de esa área, para quienes era un rubro totalmente secundario. Este era un ganado escaso en Buenos Aires: a poco de su introducción local en la década de 1580, los perros -que habían proliferado notablemente en la zona- hacían estragos en él, según se trató en 1621 durante una sesión del Cabildo, y hacia 1660 las jaurías de cimarrones casi lo habían exterminado en esta jurisdicción. Como la economía regional de la Colonia se orientaba hacia la explotación de las vaquerías y algo después hacia la cría de mulas, no había tampoco mayores esfuerzos por reconstituir las majadas. Diferente sería el panorama entre los indígenas locales 150 años después, como veremos luego.

Pero hacia el Oeste, en el área de influencia cuyana, el panorama era distinto respecto del ovino, en función de cierto desarrollo de la tejeduría colonial pero especialmente por una activa exportación de animales hacia Potosí; así es como la cría de ovejas tuvo aquí mayor importancia, hecho que se refleja en la vida indígena. Como vimos al hablar de los vacunos, en 1628 los 'pampas' o 'puelches' de San Luis pastoreaban en la zona de la actual Villa Mercedes el ganado de un español, que incluía ovejas. Pero cuando Rosales pasa al

---

<sup>19</sup> Outes, F.F., "La gruta...", cit., p. 388; Viedma, A. de, "Diario...", cit., pp. 44 y 69.

Neuquén a mediados del siglo y entrevista a los 'puelches' de Malopara, éstos no tienen ni un solo ovino, dato algo difícil de evaluar porque acababan de ser saqueados por los pehuenches.

Un poco más al sur, en la zona del Nahuel Huapi, se sabe que el jesuita Van der Meeren introdujo ovejas en 1703 cuando se instaló en las ruinas de la misión de Mascardi. Para algunos, ese fue el primer ingreso de ovinos en el noroeste patagónico; allí, enseñó a hilar y tejer a las tribus locales (presuntamente, al menos en parte, de raigambre tehuelche meridional). Pero en 1746 Cardiel dice, en una carta reproducida por Outes, que los 'aucas' ('puelches' y pehuenches de la cordillera y zonas cercanas) "tienen ovejas con más larga lana que las de otras partes". Esta característica, que también señalan otros autores posteriores (por ejemplo, Molina en 1776) y que perdura hasta el siglo XIX, hace pensar en un proceso de selección y modificación fenotípica que parece difícil pueda reducirse a escasos cuarenta años (si las primeras ovejas norpatagónicas fueran aquéllas introducidas en 1703). Por eso, pensamos que la cría de estos lanares tuvo que comenzar antes, posiblemente en el siglo XVII -si no el XVI- y tal vez a cargo de los pehuenches, araucanizados para esa época. En el plano económico, la influencia araucana trajo a muchos grupos indígenas de la pampa y del norte de la Patagonia la agricultura y la técnica del tejido en telar; las parcialidades de Chile criaban ovejas 'de Castilla' desde el siglo XVI, en función de su producción textil y para carne, y es posible que incluso antes de aprender a tejer los pehuenches se hubiesen iniciado en la cría de ovinos para propio consumo alimentario y para abastecer a sus vecinos 'araucanos'<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> Las ovejas 'pampas' en este siglo eran superiores en tamaño corporal y largo del vellón a las criollas y por eso integraron las primeras majadas de las estancias de ovinos bonaerenses, además de ser muy apreciadas desde antes en Chile. Ver información sobre ovinos en Salemme, M.C. y E.P. Tonni, "Paleoetnozoología de un sitio arqueológico en la pampa ondulada: el sitio Río Luján (partido de Campana, provincia de Buenos Aires)", RSAA, XV, n.s., 1983; Crivelli Montero, E.E., M.J. Silveira, E.O. Eugenio, P.S. Scóla, M.M. Fernández y N.V. Franco, EL SITIO FORTIN NECOCHEA (PARTIDO DE GENERAL LA MADRID, PROVINCIA DE BUENOS AIRES). ESTADO ACTUAL DE LOS TRABAJOS, Buenos Aires, m.s., 1985; "Cabildo de 27 de septiembre de 1621", RBP, II, 1880, p. 142; "Información hecha por el Cabildo de Buenos Ayres [...] Buenos Ayres, 1660-1662", en Levillier, R. (ed.), CORRESPONDENCIA..., cit., t. 3, 1918, pp. 21-22; Canals Frau, S., LAS POBLACIONES..., cit., p. 224; Rosales. D. de, HISTORIA..., cit., III, p. 347; Schobinger, J., "Conquistadores, misioneros y explotadores en el Neuquén. Antecedentes para el conocimiento etnográfico del noroeste patagónico", RUNA, IX, Buenos Aires, ICA, FFyL, UBA, 1958-1959, p.

En las llanuras orientales, para 1770 los 'pampas' de Buenos Aires ya tenían ovinos: el cacique Alcaluán, que vivía al sur de la laguna de Tenemeche y al oeste de la sierra del Cairú, "mantiene una majada de ovejas y cabras", según el capitán Juan Antonio Hernández, y en 1772, Sánchez Labrador dice que el cacique Bravo, de los 'serranos' bonaerenses (quienes habitaban una zona cercana al anterior), tenía "una muy reducida grey de vacas y ovejas". El mismo autor señala también el uso de lana de oveja entre los grupos occidentales, ubicados en dirección de la cordillera (ranqueles, moluches y picunches), y ese año Villarino encuentra majadas aparentemente numerosas entre los 'manzaneros' del Huechulafquen, en la cordillera neuquina. En 1774, informes del virrey Loreto sobre una expedición contra los indios del sur de Mendoza mencionan más de 1.800 ovejas en poder de una de las tribus<sup>21</sup>.

Pero en el siglo XIX, la importancia de las ovejas es ya mucha también entre las tribus del sur bonaerense, en relación con la tejeduría ya ampliamente desarrollada: las majadas son allí notables en cuanto a cantidad y calidad<sup>22</sup>.

En cuanto a las cabras, los datos disponibles corresponden al último tercio del siglo XVIII. Uno es el caso recién mencionado de la tribu de Alcaluán (1770), en el sur de Buenos Aires; en 1780, la expedición de Amigorena, que masacra dos tolderías pehuenches del cerro Campanario (sur de Mendoza), les toma 200 cabras; pocas en relación con 1.114 ovejas de

---

114. Sobre la calidad de las ovejas indias ver Outes, F.F., "Introducción", en Cardiel, J., "Diario...", cit., p. 28; Molina, J.I., "Compendio de la historia geográfica, natural i civil del Reino de Chile. Escrito en italiano por el abate...", CHCH, XI, 1878, p. 232; Sourryère de Souillac, J., "Descripción geográfica de un nuevo camino de la gran cordillera, para facilitar las comunicaciones de Buenos Aires con Chile", en De Angelis, P., COyD, t. 6, 1837; Mandrini, R., "Desarrollo de una sociedad indígena pastoril en el área interserrana bonaerense", ANUARIO IEHS, 2, Tandil, Instituto de Estudios Histórico-Sociales [en adelante IEHS], 1987, pp. 76-77.

<sup>21</sup> Hernández, J.A., "Diario que el capitán D. ... ha hecho, de la expedición contra los indios teguelches [...] en 1º de octubre de 1770", en De Angelis, P., COyD, t. 5, 1837, p. 38; Sánchez Labrador, J., LOS INDIOS PAM-PAS-PUELCHES-PATAGONES, Buenos Aires, Viau y Zona, 1936, pp. 38, 231 (nota); Villarino, B., "Diario del piloto de la Real Armada D. ..., del reconocimiento que hizo del Río Negro, en la costa oriental de Patagonia, el año de 1782", en De Angelis, P., COyD, t. 6, 1837, p. 81 y ss.; carta del Marqués de Loreto a José de Gálvez, 3 de junio de 1784, AGI, Buenos Aires, 68, p. 3.

<sup>22</sup> Ver Mandrini, R., "Desarrollo...", cit.

esos rebaños. Catorce años después, los tehuelches de Puerto Deseado informan al piloto Gutiérrez de la Concha que los 'turqueques' de las cabeceras del río Negro crían ovejas y cabras, igual que la tribu del cacique Chacaracua, ubicado a dos días de marcha a caballo al sur de los anteriores, posiblemente cerca del Limay<sup>23</sup>.

## El cerdo

El del cerdo es un caso peculiar. Fue muy tempranamente introducido en el área bonaerense (incluso se dejó un casal en la isla Martín García al despoblarse la primera Buenos Aires)<sup>24</sup>, pero no se halla información sobre su posible aprovechamiento por los indígenas, fuera de la que da el yacimiento arqueológico de El Ceibo (provincia de Buenos Aires, partido de Berisso), donde aparecen huesos porcinos, de vaca y de caballo, asociados con un fogón. En el sitio se encontraron también cerámica indígena e hispana, algunos objetos de hierro y escaso material lítico (sólo un raspador y algunos fragmentos). En cambio, no hay restos de fauna silvestre. La cerámica española tiene una antigüedad estimada entre los años 1650 y 1800, y Austral considera que los indígenas en cuestión tal vez estuviesen vinculados con tareas rurales en estancias de la zona<sup>25</sup>. Si así fuera, no habría que descartar que nos encontremos ante un grupo con miembros o al menos visitantes criollos o indígenas de otras regiones (en Buenos Aires hubo guaraníes del nordeste y también indios del noroeste llegados a estas campañas en distintas circunstancias y que quedaron en la zona) o también 'araucanos' -ya presentes en la provincia desde el siglo XVIII- a quienes podría atribuirse el consumo de cerdos (hay datos del siglo XIX sobre aparente uso de estos

---

<sup>23</sup> Hernández, J.A., "Diario...", cit., p. 38; Amigorena, J.F., "Diario de la expedición que de orden del Exmo. Señor Virey acabo de hacer contra los indios bárbaros pequenches", en De Angelis, P., COyD, t. 5, 1837, p. 109; Gutiérrez de la Concha, J., [DIARIO DE RECONOCIMIENTO DE LAS COSTAS PATAGONICAS, 6-8-1795], Archivo de Hidrografía -España- Costa Patagónica, II, B, 1a.

<sup>24</sup> Irala, D. Martínez de, "Relación que dejó... en Buenos Ayres, al tiempo que la despobló [...] Año de 1541", en Levillier, R. (ed.), CORRESPONDENCIA..., cit., t. 1, p. 390.

<sup>25</sup> Austral A.G., "El Ceibo. Arqueología del contacto hispano-indígena en el área platense meridional", en OBRA DEL CENTENARIO DEL MUSEO DE LA PLATA, II, La Plata, Univ. Nac. de La Plata, 1977.

animales entre tribus aliadas a Namuncurá)<sup>26</sup>. En caso contrario, estaríamos frente a un caso de desaparición de antiguas pautas dietéticas por desintegración cultural. En efecto, según Strobel (citado por Casamiquela), para 1770 los 'pampas' de Buenos Aires "no comen la carne de cerdo, y preguntando yo un día el porqué, respondiome uno, porque estos animales habían sido en otro tiempo hombres pésimos que después se convirtieron en cerdos"; de los mismos indígenas dice además Lozano (citado en la misma fuente) entre 1735 y 1743 que "jamás tocan a estos animales por estar en la creencia de que fueron otrora hombres". En 1806, los indígenas de la zona del Salado, en la Pampa, no comían cerdos y se mostraron reacios a probar el jamón que el chileno De la Cruz les ofrecía durante su viaje. Al parecer, estos indios, muy araucanizados para esa época, mantenían pautas como esta, provenientes de un sustrato cultural prearaucano; en contraste, las tribus de la Araucanía chilena habían utilizado este ganado menor para su alimentación desde el siglo XVI. Según Lista, a fines del siglo XIX, tampoco los tehuelches de Santa Cruz consumían cerdo, que consideraban animales 'inmundos', dato que coincide con observaciones contemporáneas de Casamiquela, quien vincula el origen de este tabú con la antigua presencia de pecaríes de collar (Dicotyles tajacu) hasta el norte de la Patagonia; en relación con dicha especie se habría desarrollado inicialmente esta pauta<sup>27</sup>.

## El perro

Entre las poblaciones pampeano-patagónicas de momentos post-hispánicos, los perros tuvieron importancia como animales de trabajo, en la caza de guanacos, 'avestruces' y otras especies, y posiblemente también en el manejo del ganado, aunque también se registran casos, como los vistos entre los tehuelches por

---

<sup>26</sup> Deus, L., "Memorias de Lorenzo Deus, cautivo de los indios", TODO ES HISTORIA, nº 216, Buenos Aires, 1985, p. 87.

<sup>27</sup> Casamiquela, R.M., "Notas sobre la dispersión, en época histórica, de algunos mamíferos en el ámbito pampeano-patagónico", RSAA, IX, n.s., 1975, pp. 114-116; De la Cruz, L., "Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes, poseídos por los pehuenches; y de los demás espacios hasta el río de Chadileubú, recorridos por D. ...", en De Angelis, P., CoyD, t. 1, 1836, p. 26 (nota).

Musters, de simples falderos sin utilidad práctica<sup>28</sup>.

Pero el origen de los perros de estas regiones es un problema aún no resuelto. En el nivel paleontológico, por empezar, existe una discusión sobre algunos restos de cánidos que aparecen en yacimientos de la Patagonia meridional y la Tierra del Fuego. Saxon, Clutton, Brock, Cardich, Tonni y Politis sostienen que los mismos pertenecen a perros domésticos (Canis familiaris); en cambio, Caviglia considera que se trata de un zorro extinguido, Pseudalopex (Dusicyon) avus. En apoyo de la hipótesis del origen prehispano de los perros de los tehuelches, suele alegarse lo temprano de los registros históricos sobre dichos animales. Ya en 1578, Drake y su gente vieron en la costa al sur del golfo de San Jorge a tehuelches con perros que les ayudaban a cazar 'avestruces'. Sin embargo, una revisión de la relativamente abundante presencia europea en la Patagonia austral durante el siglo XVI lleva a ser cauteloso acerca de la procedencia de esos animales, hecho reforzado por algunas informaciones referentes a grupos septentrionales, que veremos luego.

La primera mención sobre tehuelches con perros fue, como acabamos de ver, la de Drake. Los viajeros que desde 1520 circularon por las costas, muchas veces tomando contacto con los indígenas, no citan en absoluto la presencia de perros antes de 1578, lo que no resulta para nada concluyente en el sentido de que no los hubiera: al fin de cuentas, Sarmiento de Gamboa no alude a ellos en sus relaciones sobre su primer viaje por el Estrecho en 1580 (dos años después de Drake) y en cambio dedica algunos párrafos a esos animales en sus informes de 1584, cuando incluso vio cómo se los empleaba en la guerra. Sin embargo, lo temprano de los datos de Drake y Sarmiento de Gamboa no permite afirmar que la cría de perros tenga seguro origen prehispano ni que se trate de razas autóctonas. En efecto, los indígenas que conoció el mencionado capitán español venían de importantes contactos con europeos: conocían bastantes palabras en castellano, correctamente aplicadas; sabían para qué servían algunos instrumentos de ese origen; poseían ciertos utensilios de hierro y de latón, y además indicaron la presencia de europeos más al norte y de algunos cautivos ingleses en la zona, de modo que sus perros también pudieron tener origen foráneo.

En la práctica, a lo largo de 58 años entre 1520 y el momento en que Drake pasó por la Patagonia, se multiplicaron las

---

<sup>28</sup> Musters, G. Ch., VIDA ENTRE LOS PATAGONES, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1964, p. 202.

ocasiones propicias para la introducción de perros, ya que por el sur de la región pasaron e incluso desembarcaron varias expediciones, algunas de las cuales dejaron integrantes perdidos o desterrados<sup>29</sup>. En estas incursiones terrestres y naufragios se dieron, obviamente, oportunidades para que algunos perros de los españoles huyeran o se perdieran, pasando a manos indígenas, pero no sabemos si, en caso positivo, estos ejemplares fueron los primeros o se mestizaron con una población canina preexistente.

Algo semejante ocurre respecto de los habitantes de la Tierra

---

<sup>29</sup> En 1520, fue la de Magallanes (con internada en San Julián, exploración del interior adyacente y abandono de dos condenados); en 1525, la de Loaisa (con desembarco en el Estrecho y boca del Santa Cruz, pérdida de un navío y recorridos terrestres durante los cuales llevaron al menos un perro, abandonado en la zona norte del Estrecho); en 1535, la de Alcazaba (con desembarco en Río Gallegos, larga exploración del interior por 250 hombres, de los que tres fugitivos quedan en la zona; en los barcos llevaban perros y gatos, como aclara Mori, uno de los tripulantes); en 1540, la de Rivera con la armada del Obispo de Plasencia (con naufragio en el Estrecho, pérdida del rastro de 150 hombres de un navío y permanencia del resto por seis meses en Tierra del Fuego) y la de Ladrillero en 1557 (con exploraciones en la boca del Estrecho). Sobre el tema, ver Caviglia S.E., "Nuevos datos de cánidos tempranos en sitios arqueológicos de Fuego-Patagonia", en prensa en ANALES DEL INSTITUTO PATAGONICO, XV, Punta Arenas, y LA PRESENCIA DE DUSICYON AVUS (BURMEISTER), 1884 EN LA CAPA VIII DE LA CUEVA "LAS BUITRERAS" (PATAGONIA, ARGENTINA): SU RELACION CON OTROS HALLAZGOS EN PATAGONIA MERIDIONAL, m.s., present. en VI Congreso Nacional de Arqueología del Uruguay, 1978; Cabrera, A., "Los perros domésticos de los indígenas del territorio argentino", en 25º CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS, Buenos Aires, 1934, p. 89; Sarmiento de Gamboa, P., VIAJES AL ESTRECHO DE MAGALLANES. 1579-1584, Buenos Aires, Emecé, 1950, t. 2, p. 18 y ss.; Argensola, B.L., "Compendio del derrotero de Pedro Sarmiento que... sacó y publicó [...]", en Sarmiento de Gamboa, P., VIAGE..., cit., p. XLIX; Hernández, T., "Declaración...", cit., pp. XXVIII-XXIX; Fernández de Navarrete, M., COLECCION DE LOS VIAGES Y DESCUBRIMIENTOS QUE HICIERON POR MAR LOS ESPAÑOLES, 5 ts., Buenos Aires, Guaranía, 1946; Fernández de Oviedo y Valdés, G., HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS, ISLAS Y TIERRA-FIRME DEL MAR OCEANO POR EL CAPITAN..., PRIMER CRONISTA DEL NUEVO MUNDO, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851-1855, t. 2; Gandía, E. de, HISTORIA CRITICA DE LOS MITOS Y LEYENDAS DE LA CONQUISTA AMERICANA, Buenos Aires, Centro Difusor del Libro, 1946, pp. 262-263 y 274; Herrera, A. de, HISTORIA GENERAL DE LOS HECHOS DE LOS CASTELLANOS EN LAS ISLAS Y TIERRA-FIRME DE EL MAR OCEANO, 9 ts., en 4 vols., Madrid, Ofic. Real de N. Rodríguez Franco e Imprenta de F. Martínez Abad, 1726-1730, I, II y III; Mori, J. de, "Relación escrita por Juan de Mori de lo ocurrido en la expedición de Juan de Alcazaba [...] 1535", REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL. V. (19), Buenos Aires, 1941, pp. 403-412.

del Fuego. La primera cita de indígenas con perros es de Narborough en 1670 y corresponde a los alakaluf; en 1699 De Gennes da otro testimonio. El primer dato referente a los perros de los onas es de la expedición de Cook, en 1769. En ninguno de estos casos podemos asegurar el origen de estos animales, ya que también aquí hubo presencia de marinos e incluso desembarcos: como recién vimos, la gente de Rivera pasó seis meses en la isla Grande en 1540, y Drake abandonó un grupo de los suyos en la misma zona<sup>30</sup>.

Basándose en los datos etnohistóricos, quizá la mayor duda sobre la presencia de canes domésticos entre los indígenas patagónicos provenga de lo que ocurría en el norte de la región pampeana. Las primeras crónicas, del tiempo de Gaboto, no mencionan perros entre los querandíes (lo que no es prueba de que no los tuviesen), pero en cambio consta expresamente que otros grupos indígenas, instalados en las riberas del Paraná y en contacto con ellos, no los tenían antes de la llegada de los españoles. Sin embargo, en menos de veinte años los timbúes del Paraná ya aparecen provistos de perros de caza de origen hispano<sup>31</sup>. Esta rapidez en la adopción por parte de los cazadores ribereños da pie a la hipótesis de que los querandíes, con quienes aquéllos estaban en contacto, no hubieran tenido tampoco perros de caza, ya que es razonable

---

<sup>30</sup> Cooper, J.M., "The Yahgan", HSAI, 1, p. 83 y "The Ona", id., p. 109; Cabrera, A., "Los perros...", cit., p. 85; Taylor, E.G.R., "Introduction", en Barlow, R., A BRIEF SUME OF GEOGRAPHIE, Londres, Hakluyt Soc., 1932, p. XLII.

<sup>31</sup> En 1527, por ejemplo, el inglés Roger Barlow, que venía con Gaboto, remontó el Paraná; en su relato dice que allí los indios cazaban con distintos métodos, menos con perros, porque no había ninguno "sino ciertos mastines que trajimos con nosotros de España". Para 1548, en la segunda edición de su obra, Fernández de Oviedo dice de los cazadores timbúes del Paraná inferior: "Tienen muchos perros, como los nuestros grandes y pequeños, que ellos estiman mucho, los cuales allá no había y se han hecho de la casta que quedó cuando Sebastián Gaboto y el capitán Johan del Junco anduvieron por aquella tierra", en tanto que algo más al norte los mocoretaes también "crian muchos perros de los nuestros, de que se sirven en la caza". En cambio los agricultores 'barrigudos', ubicados entre timbúes y mocoretaes, "tienen unos perrillos que crían en sus casas, mudos, que no ladran, y los tienen por buen manjar, y los comen cuando quieren". Aquí el cronista distingue este tipo de perros de los primeros, de origen europeo; su aparente mudez haría pensar en una raza local, criada para alimentación humana igual que en otras partes de América precolombina. Esta raza no habría tenido difusión entre los cazadores por su inutilidad cinética, de manera opuesta a los animales de procedencia europea. Ver Barlow, R., A BRIEF..., cit., p. 160; Fernández de Oviedo y Valdés, G., HISTORIA..., cit., t. 2, p. 192.

suponer que en caso contrario los primeros hubieran conseguido animales de ellos, tal como hicieron con los españoles. Si los querandíes, al parecer de raigambre tehuelche, no disponían de perros, se afirmaría a su vez la posibilidad de que los grupos meridionales, culturalmente emparentados, tampoco los hubiesen tenido antes de la aparición de los españoles, pero los habrían adoptado rápidamente por su utilidad, así como ocurrió en menos de veinte años en el norte<sup>32</sup>.

La primera cita sobre perros entre los querandíes (para ese momento ya conocidos como 'pampas') corresponde a 1619: luego de una visita a la reducción del cacique Bagual en el río Luján (un grupo reducido y encomendado sólo en teoría, pero que en la práctica se limitaba a prestar algunos servicios a cambio de pago y se retiraba a voluntad de la zona), el gobernador Góngora dice en un informe oficial que allí "está cada familia junta con su cacique, hombres y mujeres, niños, gallinas y perros". Es de notar que para esta época los 'pampas' ya eran ecuestres y, como se ve, tenían también gallinas, o sea que estaban en proceso de incorporación de especies exóticas.

Hacia el Oeste, en 1621 Flores de León explora el área del Nahuel Huapi donde, como vimos antes, los indios "tienen muchos perros de caza", y a mediados de siglo, cuando Rosales entra en el Neuquén, los 'puelches' de la actual provincia tenían abundancia de perros perdigueros (tan valorados que hasta integraban las dotes matrimoniales) y galgos (entrenados para cazar guanacos y 'avestruces'). Las tribus del sur de Mendoza, según Rosales, también cazaban entonces con perros<sup>33</sup>.

Ya vimos cómo en el siglo XVI comenzó entre algunos pueblos del Litoral fluvial la incorporación de perros de origen europeo. Durante la centuria siguiente, además, las oportunidades para que los indígenas pampeanos los consiguieran fueron numerosas. Como ya se mencionó tangencialmente al tratar el caso de los ovinos, para 1621 los perros abundaban tanto que el Cabildo de Buenos Aires dispuso medidas para controlar su reproducción porque depredaban alarmantemente las majadas de lanares, aunque no se sabe si para entonces ya existían jaurías cimarronas o salvajes. El clásico trabajo de Cabrera sobre los perros cimarrones de la Argentina toma por primera

---

<sup>32</sup> Claro que si, como opinan algunos arqueólogos, es dudosa la filiación tehuelche de los querandíes, esa argumentación se relativiza.

<sup>33</sup> Carta del gobernador Góngora al Rey de España, 2 de marzo de 1620, en AGI, Charcas, 27, p. 8; Flores de León, D., "Memorial...", cit., p. 239; Rosales, D. de, HISTORIA..., cit., t. I, p. 323, t. II, p. 98.

mención a los mismos una de 1741; sin embargo, hay noticias bastante anteriores: en 1660, uno de los testigos presentados en una información levantada por el Cabildo de Buenos Aires habla de "la grande abundancia de perros que se han criado en las campañas" y con mayor precisión otra información hecha a instancias del Protector General de Naturales muestra cómo éste se opone a que se trasladen indios de las misiones jesuíticas del Nordeste hacia Buenos Aires, entre otras causas por la escasez de ovejas -necesarias por su lana para la vestimenta de aquéllos- debida a la proliferación local de "tigres y leones y perros cimarrones". Nueve años después, el misionero Antonio Sepp decía en sus relatos que los perros cimarrones aparecían de a miles en los campos bonaerenses, cebados por la carroña abandonada en las expediciones de vaquerías. Aunque vivían en estado salvaje, estos animales, de gran tamaño según las descripciones, eran domesticables -por lo menos si se los recogía cuando cachorros- y resultaban buenos perros de caza, como comprobaron el inglés Isaac Morris y sus compañeros, abandonados en las costas de Buenos Aires en 1742<sup>34</sup>. Estas jaurías cimarronas representaron, pues, una nutrida población canina para el posible abastecimiento de los indígenas pampeanos, con destino en la caza.

#### Otras especies animales domésticas

Poca información, y tardía, aparece sobre los gatos domésticos (Felis catus) en estas regiones; en 1806, el chileno De la Cruz los ve entre las tribus ubicadas entre el Neuquén y la Pampa<sup>35</sup>.

Sobre gallinas (Gallus gallus), en cambio, los datos son algo más generosos. Como se vio ya, la gente del cacique Bagual en el río Luján tenía estas aves en 1619. En 1690, aparecen con gallinas los 'pampas' del sur cordobés, en Mula Corral (zona de Río Cuarto): allí el cacique Ignacio Maturo, ex paje de

---

<sup>34</sup> Cabrera, A., "El perro cimarrón de la pampa argentina", PUBLICACIONES DEL MUSEO ETNOGRAFICO, A, 2, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1932, p. 10; "Información hecha por el Cabildo...", cit., pp. 21-22; "Información hecha por el protector de los naturales [...] Año de 1682", AGI, Charcas, 131, p. 4; Sepp, A., RELACION DE VIAJE A LAS MISIONES JESUITICAS, Buenos Aires, EUDEBA, 1971, p. 120; Morris, I., NARRATIVE OF THE DANGERS AND DIFFICULTIES WHICH BEFEL ISAAC MORRIS, AND SEVEN MORE OF THE CREW, BELONGING TO THE WAGER STORE-SHIP ..., Londres, S. Birt, s/f, pp. 13, 26 v ss.

<sup>35</sup> De la Cruz, L., "Descripción...", cit., p. 26.

Gerónimo Luis de Cabrera (nieto del fundador de la ciudad de Córdoba) y en ese momento jefe de una banda de 'pampas' que "vagaban por ahí" ofrece una como regalo a dos jesuitas recién llegados<sup>36</sup>. La tradición de cría se mantuvo entre los 'pampas' y los 'serranos' de Buenos Aires, porque en 1782 el cabo Manuel Consuegra, que hizo el trayecto entre la Guardia del Monte (actual provincia de Buenos Aires) y Patagones (sobre el río Negro), la registra en grupos de las sierras bonaerenses<sup>37</sup>.

Hacia el Oeste, tenía gallinas en 1863 la tribu de Huicahual (grupo trashumante integrado por tehuelches septentrionales y pehuenches) que vio Cox en el sur del Neuquén, y lo mismo ocurría entre los ranqueles de la Pampa central cuando los visitó Mansilla siete años después. Al respecto, cabe recordar la posibilidad de que, entre estos grupos con gran influencia cultural trasandina, hubiese -junto con las gallinas de razas europeas- otras de origen americano, concretamente las 'gallinas araucanas' (Gallus inauris), del mismo género que las anteriores<sup>38</sup>.

Pero las gallinas llegaron también -al menos parcialmente- hasta los tehuelches meridionales; las constancias son tardías: en 1834 los misioneros norteamericanos Arms y Coan las vieron en Santa Cruz, entre la gente del cacique Congo, quienes las transportaban a lomo de caballo, junto con las cargas, y Musters hace también alguna mención a estas aves en la misma

---

<sup>36</sup> Carta del gobernador Góngora, cit. nota 33; Cabrera, P., "Tiempos..." cit., (1-2), p. 79.

<sup>37</sup> "El cacique Negro está situado en el Arroyo de los Sauces, desde la sierra de la Ventana para allá, con solo 9 toldos. El cacique Lorenzo, entre el Volcán [sistema de Tandilia] y la sierra de la Ventana, y José y el cacique Casimiyá, a 6 días de camino entre la Guardia del Monte a la Sierra. Todos estos caciques tienen mucha caballada, ganado vacuno, y algunos tienen ovejas y gallinas". Consuegra, M., "Relación q.e da el cavo de Blandengues Manuel Consuegra de lo acahesido en el viaje q.e hizo por ord.n del Exmo. Sor. Virrey a los establecimientos de Patagones", en Sánchez Zinny, E.F., LA GUARDIA DE SAN MIGUEL DEL MONTE (1530-1830), Buenos Aires, Damiano, 1939, p. 378. (Agradezco al Lic. E. Crivelli Montero este dato).

<sup>38</sup> Cox, G.E., VIAJE..., cit., p. 142; Mansilla, L.V., UNA EXCURSION A LOS INDIOS RANQUELES (Pról. y notas M.A. Palermo), Buenos Aires, CEAL, 1980, t. 1, p. 220. Sobre gallinas araucanas, ver Wilhelm, O.E., "The Pre-Columbian Araucanian Chicken (Gallus inauris) of the Mapuche Indians", en Bowman, O.L. (ed.), ADVANCES IN ANDEAN ARCHEOLOGY, The Hage, Mouton Publ., 1978.

zona en su relato sobre su viaje de 1869<sup>39</sup>.

## Los cultígenos

En estas regiones existieron también algunas incorporaciones de cultígenos de origen europeo por parte de los indígenas, demostrándose la inexactitud de ciertas afirmaciones tradicionales en el ámbito antropológico en el sentido de que la adquisición del caballo habría producido un abandono de las prácticas agrícolas entre las parcialidades de origen 'araucano' radicadas en la Argentina, que se habrían convertido en cazadores nómades. Inversamente, constatamos que en plena etapa de auge ganadero indígena, grupos 'araucanos' o etnias araucanizadas del país mantuvieron su agricultura o se iniciaron en la misma por influjo trasandino. Y esa agricultura incluía ya plantas extraamericanas.

Así, vemos que a mediados del siglo XVII, los pehuenches neuquinos, según el P. Rosales, cultivaban trigo (Triticum sp.) y cebada (Hordeum vulgare) -la iniciación agrícola se hace aquí con cultígenos importados-, "aunque son poco labradores y con muy poco que siembran se contentan, atendidos a la grande abundancia de piñones que cogen en aquellas cordilleras". Según el cronista, la cebada se sembraba aquí en el otoño, antes de que comenzaran las primeras nevadas, y se cosechaba ya avanzada la primavera. Comparando con información de otros autores de la época, vemos que este calendario agrario coincidía con el de los 'araucanos' chilenos; presuntamente, el trigo pehuenche se cultivase en la misma temporada que la cebada, como ocurría en Chile<sup>40</sup>. De las precedentes anotaciones de Rosales se puede deducir la complementación de estos cultígenos con otros recursos a lo largo del año: al empezar el otoño, se recolectaban los piñones y las manzanas silvestres (de las que luego hablaremos) y se sembraban los granos; cuando los productos de recolección almacenados empezaban a menguar al terminar el invierno, se tendría disponible el cereal recién cosechado.

Es interesante, por otra parte, una pequeña digresión acerca de la historia de la difusión del trigo y la cebada entre las tribus de la Araucanía, donde ambas especies -y particularmente la segunda- cobraron gran importancia en la dieta a raíz de

---

<sup>39</sup> "Extracto...", cit., pp. 136-7; Musters, G.C., VIDA..., cit., p. 127.

<sup>40</sup> Rosales, D. de, HISTORIA..., cit., t. I, p. 192.

circunstancias que exceden el valor nutritivo de ambas; en gran medida, es el conflicto con los españoles lo que explica el éxito de ambos cereales entre los indígenas. Como anota González de Nájera, las incursiones hispanas del siglo XVI se realizaban en verano o comienzos del otoño, cuando el clima era propicio y los cursos de agua tenían menos caudal, facilitando el tránsito de las tropas. El maíz, que requiere zonas relativamente húmedas y suelos del tipo de las tierras bajas de Chile central (justamente las que quedaban más expuestas a las entradas de los españoles), estaba en esa época del año creciendo o a punto de ser cosechado y era frecuentemente destruido por los soldados, como forma de hostigamiento, o era depredado para alimentar a los caballos o aprovisionar a las columnas invasoras. En cambio, la cebada y el trigo se sembraban al comenzar los fríos y se cosechaban en primavera, quedando así fuera del alcance enemigo; además, podían cultivarse en zonas más secas y elevadas, apartadas de las rutas utilizadas por los españoles. Según González de Nájera, los indígenas incorporaron estas dos especies planificadamente, acordando reservar semillas para siembra, sin consumirlas, hasta lograr un stock que permitiera generalizar su explotación en todo el territorio; ya en 1557 la gente de Villagra encontró silos ocultos con cebada y trigo en Tucapel. En el siglo XVII la cebada era el principal componente de las raciones de los guerreros indígenas durante las campañas (en forma de harina tostada), y en algunas tribus pobres de la cordillera al sur de Cautín era, para el primer tercio de esa centuria, el alimento cotidiano junto con la papa (Solanum tuberosum); el trigo, en cambio, tenía mayor difusión entre tribus prósperas como las del río Imperial<sup>41</sup>.

Esta temprana e intensa explotación de ambos nuevos cereales se refleja entre los pehuenches neuquinos, crecientemente influidos por la cultura 'araucana'; además, las características físicas de su territorio se prestaban seguramente más para estos cultígenos que para el maíz precolombino.

Para mediados del siglo XVIII, según Falkner, los moluches del Oeste pampeano sembraban también algo de trigo, y en la misma

---

<sup>41</sup> González de Nájera, A., "Desengaño y reparo de la guerra del Reino de Chile", en CHCH, XVI, 1889, pp. 111, 175-176; Góngora Marmolejo, A. de, "Historia...", cit., p. 76; Rosales, D. de, HISTORIA..., cit., t. II, p. 61; Tribaldos de Toledo, L., "Vista jeneral de las continuas guerras [...]", en CHCH, IV, 1864, p. 84; Núñez de Pineda y Bascuñán, F., "Cautiverio feliz del Maestro de Campo General Don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán y razón individual de las guerras dilatadas del Reino de Chile [...]", en CHCH, III, 1863, pp. 98 y 102.

época Sánchez Labrador informa que, igual que ranqueles y picunches ('pampas' de Córdoba y San Luis), aquéllos cultivaban asimismo habas (Vicia faba, cultígeno importado), junto con otras especies.

Algo más tarde, en el oeste del Neuquén aparecen otras plantas introducidas en América por los españoles, y en esta zona seguramente por los 'araucanos': en 1782, varias legumbres de ese tipo estaban afianzadas en los llanos y la zona cordillerana cercana al lago Huechulafquen, donde las tribus locales sembraban (además de maíz, trigo y cebada) habas, chícharos de dos tipos (posiblemente Pisum sp.), garbanzos (Cicer arietinum) y lentejas (Lens culinaris), como comprobó Villarino. Para 1806, algunos pehuenches neuquinos que vio De la Cruz no eran, según él, agricultores aunque consumían cereales que compraban en la frontera chilena. Estas tribus se desplazaban dentro de sus territorios en función de las disponibilidades de pastura para su ganado, y los sitios abandonados por ellos se reconocían por la presencia de matas de trigo, cebada, ají (Capsicum sp.) y tomate (Lycopersicon esculentum, planta americana posiblemente introducida en Chile desde el Perú por los españoles hacia el siglo XVII); el dato puede interpretarse como un vestigio de pequeñas chacras plantadas durante los asentamientos más prolongados en ciertos lugares, o mostrar la simple consecuencia de la diseminación accidental de semillas de especies consumidas.

De la Cruz también cruzó territorios ranqueles en la Pampa; allí, la tribu de Carripilum, en Curalauquen, mantenía chacritas en que crecían, junto con los zapallos americanos (Cucurbita pepo), dos especies extraamericanas: la sandía (Citrullus lanatis) y el melón (Cucumis melo)<sup>42</sup>.

En el curso del siglo XIX, las prácticas agrícolas indígenas se incrementaron -o al menos se tiene mayor noticia de ellas- en el Noroeste de la Patagonia y el área ranquel, con aprovechamiento de especies americanas y de introducción europea; maíz, zapallo y ají entre las primeras, junto con trigo y cebollas (Allium cepa) cultivaron los ranqueles en la década de 1860, mientras en los valles neuquinos abundaban los sem-

---

<sup>42</sup> Falkner, T., "Descripción...", cit., p. 53; Sánchez Labrador, J., LOS INDIOS..., cit. p. 38; Villarino, B., "Diario...", cit., pp. 34, 82, 87; De la Cruz, L., "Descripción...", cit., pp. 21, 22, 63, 153 y "Viage a su costa, del alcalde provincial del muy ilustre cabildo de la Concepción de Chile, [...], desde el fuerte de Ballenar, frontera de dicha Concepción, por tierras desconocidas y habitadas de indios Bárbaros, hasta la ciudad de Buenos Ayres [...]", en De Angelis, P., COYD, t. 1, 1836, p. 153.

brados de trigo, cebollas, garbanzos, porotos (*Phaseolus* sp.), maíz y papas. Los registros de cultivo de alfalfa (*Medicago sativa*) son tardíos, de fines de la década de 1870<sup>43</sup>.

Entre las especies cultivadas que trajeron los españoles, hay un caso particular: el del manzano (*Malus domestica*). Aunque éste no fue cultivado por los indígenas ni de Chile ni de la Argentina, se difundió en estado silvestre por el oeste de las actuales provincias de Neuquén y Río Negro desde épocas muy tempranas, y en esa condición representó un importante recurso para las tribus locales; también en la Araucanía los indígenas lo aprovecharon. El origen de los vastos manzanales de la zona (de los que actualmente perduran restos) es sin dudas chileno, ya que desde el comienzo de la penetración española en Osorno y Villarrica (dos centros cercanos a aquellas provincias argentinas) se los plantó y explotó; en la segunda localidad, por ejemplo, ya abundaban en 1557. Desde esas áreas, varios pudieron ser los vectores de irradiación oriental<sup>44</sup>. De una

---

<sup>43</sup> Mansilla, L.V., UNA EXCURSION..., cit., t. 1, pp. 104, 164, 165, 231, 260 y t. 2, pp. 120, 121, 167; Zeballos, E.S., VIAJE AL PAIS DE LOS ARAUCANOS, Buenos Aires, Librería Hachette, 1960, pp. 210, 211, 237, 246; Olascoaga, M.J., LA CONQUETE DE LA PAMPA, Buenos Aires, Impr. du "Courrier de la Plata", 1881, p. 284 y ESTUDIO TOPOGRAFICO DE LA PAMPA Y RIO NEGRO, Buenos Aires, Comis. Nac. Monum. al Tte. Gral. Roca, 1939-40, t. I, p. 224, t. II, pp. 95, 100, 101, 165; Mandrini, R.J., "La sociedad indígena de las pampas en el siglo XIX", en Lischetti, M. (comp.), ANTROPOLOGIA, Buenos Aires, EUDEBA, 1985, p. 214 y "La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII y XIX)", ANUARIO IEHS, 1, Tandil, 1986, (este último trabajo, de peculiar importancia, por sus datos y análisis).

<sup>44</sup> Por empezar, pudieron traer plantas los franciscanos o mercedarios que hacia fines del siglo XVI llegaron desde Villarrica para instalarse en el Nahuel Huapi (donde se quedaron hasta 1602); lo mismo pudieron hacer fugitivos de alguna de las dos ciudades mencionadas o de la de los Infantes quienes, luego de la destrucción por los indios, habrían escapado al este de la cordillera en esa época; cuando en 1622 la expedición de Cabrera llegó al Limay, un blanco aparentemente prófugo de la justicia, enseñó ruinas de una colonia donde había vivido gente procedente de Chile. Pero también es factible -y quizás el fenómeno reconozca múltiples causas- una hipótesis de Moreno. Este consideraba la posibilidad de que los manzanos en cuestión tuvieran origen en plantaciones de los jesuitas en la Misión del Nahuel Huapi (hecho descartable pues, como veremos luego, las plantas existían en la región mucho antes de la fundación de ese establecimiento) pero también especulaba con que podían haberse reproducido a partir de frutas traídas por indios de Valdivia, las que "al cruzar a este lado de la cordillera, arrojaban al costado del camino, pues la mayor parte [de los manzanos] se encuentran cerca de los pasos o en las orillas de los arroyos. El encontrarse siempre reunidos en grupos,

forma u otra (y quizá por varias acciones convergentes), los manzanos aparecen tempranamente en la zona; en 1622, Cabrera los vio y al parecer los indígenas ya los explotaban, como señala Schobinger<sup>45</sup>.

De la variedad de manzanas introducidas en la zona -no conocemos estudios botánicos al respecto- queda una doble inferencia: hacia fines del siglo XVIII, Villarino dice que eran camuesas como las de su Galicia natal (y el Padre Cobo coincide mucho antes en que ese tipo se cultivaba en Chile); en la lengua de los tehuelches meridionales, se llama kámusu a las manzanas (según información del Dr. Casamiquela), término que recuerda llamativamente a 'camuesa'.

Las manzanas -asociadas con los piñones de pehuén o araucaria- se convirtieron, como dijimos, en importante recurso para grupos de la cordillera neuquina: consumidas bajo diversas formas (frescas, secas, en guisos, en chicha o sidra), servían también para el comercio con otras tribus que a comienzos del otoño convergían en la zona, en paso hacia Chile con ganado o expresamente para adquirir ambos productos, como hacían los tehuelches<sup>46</sup>. Su fama fue tal, que dio origen sucesivamente a dos gentilicios de indígenas locales: pehuenches ("gente de las araucarias") y 'manzaneros'.

---

como si fuesen ramas de un mismo tronco, parece confirmar esta opinión". Aunque no fuesen necesariamente valdivianos los propagadores de esta especie (tengamos en cuenta el frecuente cruce de 'puelches' y pehuenches a Chile en el siglo XVI y la circulación inversa de 'araucanos' de distintas parcialidades), esta manera de difusión parece bastante probable, especialmente en función de la ubicación de las plantas que señala Moreno. Pero creemos que tampoco hay que descartar una posible dispersión paralela por acción de animales (caballos, cabras e incluso perros y aves), que luego de comer los frutos y cruzar los pasos bajos de la zona -espontáneamente o guiados por el hombre, en el caso de los animales domésticos- desparramaran las semillas junto con sus heces. Sobre el tema, ver Olivares, M. de, "Historia...", cit., p. 176; nota de Outes a Cardiel, J., "Diario...", cit., p. 248; "Informe y dictamen del Fiscal de Chile sobre las ciudades de los Césares [...] (1782)", en De Angelis, P., COYD, t. 1, 1836, pp. 53, 64; Gandía, E. de, HISTORIA..., cit., p. 279; Moreno, F.P., "Viage á la Patagonia setentrional", ANALES DE LA SOCIEDAD CIENTIFICA ARGENTINA, I, Buenos Aires, 1876, p. 196.

<sup>45</sup> Schobinger, J., "Conquistadores...", cit., pp. 110, 111.

<sup>46</sup> Sobre el consumo y el comercio de manzanas silvestres, dan buena información Villarino, B., "Diario..." y Cox, G.E., VIAJE..., cit.; también lo mencionan D'Orbigny, A., VIAJE A LA AMERICA MERIDIONAL, Buenos Aires, Futuro, 1945, t. II, p. 705, y Musters, G.Ch., VIDA..., cit.

Los cultígenos antes mencionados tuvieron doble función: el consumo interno y el comercio con otros grupos, hay que recordar que incluso gente desconocedora totalmente de la agricultura incorporaba en su dieta productos agrícolas si las circunstancias lo permitían.

### La gestación de un complejo proceso

Una vez pasada revista de la secuencia de incorporaciones de especies agropecuarias aportadas por los europeos entre los indígenas de estas regiones, encararemos un bosquejo del proceso de transformaciones que este fenómeno implicó y señalaremos algunos problemas por resolver.

El enfoque es muy general y trata momentos muy diversos a lo largo de tres siglos; debe hacerse la salvedad de que seguramente hubo grandes variaciones locales (tanto en intensidad como en velocidad de los cambios). Por empezar, los tehuelches meridionales, aunque por supuesto experimentaron considerables alteraciones en sus patrones tradicionales, mantuvieron básicamente su antiguo modo de vida -potenciado, sí, por el aporte del equino-, en contraste con los pueblos de la Pampa y el norte de la Patagonia, donde los cambios fueron mucho más radicales al insertarse dentro de un circuito económico diferente, y también al sobrellevar un creciente proceso de araucanización que incluyó influencias de todo tipo y la misma instalación de tribus de origen trasandino que significó, entre muchas otras cosas, la introducción de la agricultura.

Respecto de los cambios posthispánicos, proponemos una interpretación divergente con la de los trabajos clásicos de la etnografía argentina, como adelantamos al comienzo. Para muchos autores, el impacto de las especies en cuestión se orienta por tres premisas generales: a) que la principal especie, por sus efectos, es el caballo, generador de vastas transformaciones económico-sociales; b) que la importancia del mismo se mide en términos de nuevas pautas de consumo alimentario y hábitos de transporte, guerra, etc.; c) que los cultígenos no resultan relevantes porque la equitación lleva a un fuerte nomadismo, incluso en grupos tradicionalmente sedentarios como los 'araucanos' que cruzaron a la Argentina, y hace que se abandone toda práctica agrícola<sup>47</sup>. En el fondo, aunque

---

<sup>47</sup> Véanse, por ejemplo, las obras de Canals Frau, S., "Expansion of the Araucanians in Argentina", HSAI, t. 2, 1946; Galvão, E., "O cavalo na América indígena; nota prévia a um estudo de mudança cultural", REVISTA DO MUSEU

explícitamente, está vigente otra premisa, que es la concepción de las etnias indígenas como unidades cerradas y autosuficientes.

En cambio, nuestro enfoque propone que: a) no sólo el caballo es relevante sino que también vacunos y lanares lo son (aunque el primero sea imprescindible en el manejo del ganado en general); b) la importancia de las especies pecuarias debe medirse tanto en lo referente a las nuevas pautas de consumo como en función de la modificación de todo el modo de producción; c) los cultígenos de origen extraamericano tienen importancia en la alimentación y, algo secundariamente, en el comercio, y, obviamente, no es exacto que la agricultura haya cesado con la introducción del ganado sino que en la etapa posthispana muchos grupos cazadores-recolectores se transformaron también en cultivadores. Y d) fundamentalmente, debe considerarse a las etnias locales como unidades fuertemente conectadas con sus vecinos.

Es indudable que la adopción del caballo dio pie a grandes innovaciones en la vida indígena local: la carne de yegua o potro se convirtió en alimento favorito; el caballo -cuyo dominio se aprendió con singular pericia- era eficaz arma de guerra y tenía especial significación para los traslados por vastos territorios; los equinos integraban los bienes entregados en las dotes nupciales y estaban presentes en distintos ceremoniales, incluidos los fúnebres. Sin dudas, la posibilidad de un 'pampa' que no anduviera a caballo era impensable al menos desde el siglo XVII. En relación con esto, tradicionalmente se insistió en el uso de la categoría de 'complejo ecuestre' o horse complex, que se utilizó imprecisamente y cuya crítica abordamos en otro trabajo<sup>48</sup>. Pero también es cierto que esa imagen del 'pampa' como notable jinete ocultó para muchos investigadores una realidad considerablemente más compleja.

Por empezar, como adelantábamos antes, también los vacunos y los lanares tuvieron importancia crucial. Los primeros, como proveedores de carne y cuero, y fundamentalmente como bien de cambio (una ojeada a la composición de los arreos llevados a través de la frontera, según detalles proporcionados por distintos autores, demuestra que muchas veces el grueso del comercio, especialmente desde el siglo XVIII, giraba alrededor

---

PAULISTA, n.s., XIV, San Pablo, 1963; y Palavecino, E., "Áreas y capas culturales en el territorio argentino", GAEA, VIII, Buenos Aires, 1948.

<sup>48</sup> Palermo, M.A., "Reflexiones...", cit.

de las vacas). Los segundos, además, como productores de lana para una tejeduría orientada a la vestimenta local y/o la venta de prendas al exterior que se fue haciendo cada vez más importante donde -desde los siglos XVII o XVIII, según las áreas- se iba afianzando la influencia cultural o la presencia 'araucana'. Y si los indios aprendieron e incluso inventaron técnicas para el manejo del caballo, también incorporaron técnicas de manejo y cría de otros animales: las menciones a ganados mansos en grupos pampeanos y norpatagónicos, la construcción de corrales para vacas y ovejas en algunos casos y la calidad de la raza 'pampa' de ovinos así lo demuestran, en posible confluencia de conocimientos hispanos, invenciones indígenas y, en el caso de los lanares, tal vez las antiguas prácticas 'araucanas' de cría de camélidos<sup>49</sup>.

Pero el aspecto más revulsivo que la incorporación del ganado y -como mencionábamos al principio de este trabajo- lo que explica en gran medida su auge con las consecuentes transformaciones entre los indígenas, es que la aparición de estas especies se asocia con un cambio crucial en el contexto macroeconómico-social: la instalación de los centros hispanos y la conformación del aparato colonial, orientado por el capitalismo mercantil. De ese modo, en este mundo indígena que pese a sus resistencias a los avances extranjeros se liga, como veremos, a la macroeconomía regional, aparece un desdoblamiento de las modalidades productivas. Por un lado, se atienden a las actividades de subsistencia, basadas en gran parte en el ganado aunque se va introduciendo paulatinamente la agricultura aportada por los 'araucanos' y se mantienen -con importancia que aún está por determinarse- las actividades de caza y recolección. En esta esfera de la vida indígena podemos inferir, al menos en algunas parcialidades, pautas de circulación de bienes basadas en la solidaridad y la reciprocidad; esto, por ejemplo, fue perspicazmente anotado por Mansilla en 1870 durante su estada entre los ranqueles, cuando constató la distinta ética que regía la distribución intratribal de animales y otros bienes, en contraste con las relaciones puramente mercantiles asumidas con el exterior de los grupos, donde

---

<sup>49</sup> De la Cruz, L., "Descripción..." y "Viage...", cit.; García, P.A., "Diario de la expedición de 1822 a los campos del Sur de Buenos Aires, desde Morón hasta la Sierra de la Ventana, al mando del coronel D. Pedro Andrés García [...]", en De Angelis, P., COYD, t. 4, 1836; Mansilla, L.V., UNA EXCURSION..., cit.; Musters, G.Ch., VIDA..., cit.; Palermo, M.A., "La expansión meridional de los camélidos domésticos en América: el caso del hueque de Chile", en prensa en RSSA, n.s., XVII; Villarino, B., "Diario...", cit. y otros. Mandrini ("Desarrollo...", cit.) señala la importancia de la cría de vacunos y ovinos en la llanura interserrana bonaerense.

predominaba el interés de lucrar<sup>50</sup>. Y es que paralelamente al circuito del consumo interno hubo una muy intensa circulación, por vía comercial, de excedentes derivados de la ganadería, forma en la cual los indígenas se incorporaron crecientemente a los mercados regionales coloniales y republicanos<sup>51</sup>.

En gran medida, el crecimiento de la ganadería indígena local se entiende por circunstancias económicas desarrolladas en áreas muy distantes. Una de ellas era el Potosí. Este centro minero fue entre los siglos XVI y XVIII una verdadera metrópolis local que atraía productos de distinto tipo necesarios para el abasto de una gran concentración de habitantes y el funcionamiento de su actividad. Uno de los rubros solicitados era el ganado (en pie o sus derivados), particularmente mulas, vacas y ovejas, y sus subproductos: cueros y sebos. En relación con esto, los comerciantes criollos de Santa Fe y Córdoba (y en parte Buenos Aires) se interesaban por los vacunos que desde el siglo XVII poblaban en gran cantidad las llanuras pampeanas; la convergencia de intereses llevó a no pocos conflictos entre las tres áreas. También el Chile hispano basó su prosperidad en la exportación al Potosí, y necesitaba gran cantidad de animales para satisfacer las demandas norteañas; para esto, no bastaba la producción pecuaria local (además de la producción agrícola) y el ganado pampeano se convertía en una importante fuente de recursos, aunque inaccesible directamente debido, por un lado, a la presencia indígena que se enseñoreaba en gran parte de la llanura, y por otra parte a que legalmente no tenía derecho a los rebaños de esa zona. En el caso de Buenos Aires, había también otros destinatarios de la producción, que se canalizaba muchas veces mediante el contrabando: Brasil y las colonias esclavistas antillanas consumían en gran parte sus sebos, cecinas y cueros. Además, existían otros centros interesados en adquirir ganados de las pampas, como Cuyo (vinculado muchas veces con la actividad comercial chilena) o Patagones desde el siglo XVIII, para el consumo local o el intercambio con otras áreas.

Por otra parte, las distintas regiones producían materias primas o manufacturas que buscaban mercado tanto en el Potosí o en Lima como en los demás centros coloniales (artesanías, vinos y aguardientes, yerba mate, tabaco, etc.), a lo que hay que añadir las mercaderías introducidas desde Europa, también

---

<sup>50</sup> Mansilla, L.V., UNA EXCURSION..., cit., t. 2, pp. 65-66.

<sup>51</sup> Este mismo enfoque aparece en Mandrini, R., "La agricultura...", cit.

disponibles para su colocación<sup>52</sup>. Teniendo por un lado demanda de ganado y sus derivados y por el otro oferta de mercancías, la conexión comercial no se demoraría.

Las llanuras pampeanas, desde el siglo XVII importante centro de abastecimiento de ganado vacuno y caballar por la proliferación de rebaños salvajes, estaban controladas en gran parte por las tribus indígenas, que por ello tenían acceso privilegiado a los mismos al tiempo que paulatinamente iban logrando rodeos propios de animales mansos de ambas especies y también criaban ovejas y cabras, como ya hemos visto. De esa forma, pronto se entablaron relaciones comerciales, aun a despecho de relaciones interétnicas frecuentemente conflictivas.

Ya en la primera mitad del siglo XVII, y siguiendo seguramente antiguos circuitos de circulación de bienes, comenzó el tráfico de animales -especialmente caballos- entre los indígenas pampeanos y los 'araucanos' de Chile, que necesitaban cabalgaduras para la guerra. Luego, los vacunos comenzaron a cobrar gran importancia en este flujo ganadero, como ocurría ya en tiempos del Padre Rosales. Además del consumo de las tribus trasandinas, los arreos de ganado empezaron pronto a hallar destino en los comerciantes hispano-chilenos, incluso en tiempos de guerra gracias a la actividad de tribus 'amigas' o al tráfico clandestino en esos casos. A cambio del ganado recibido, los 'araucanos' entregaban a los grupos orientales (muchas veces tras intermediación a cargo de los pehuenches o los tehuelches septentrionales del oeste) manufacturas por ellos elaboradas (como platería o tejidos) y también objetos de procedencia europea (armas, herramientas, bebidas, etc.). Pero a su vez los 'pampas' también comerciaban asiduamente con Buenos Aires, adonde llevaban animales en pie, plumas de 'avestruz', pieles, parte de los tejidos de Chile y sus propios trabajos en cuero, que canjeaban por bebidas (vinos y aguardientes cuyanos), armas, herramientas, yerba mate (ya desde el siglo XVII) azúcar y tabaco, procedentes estos tres últimos productos del actual Nordeste argentino, del Paraguay o el Brasil. De ese modo, parte de la producción de los distintos centros coloniales encontraba un considerable mercado

---

<sup>52</sup> Véanse Cardoso, C.F.S. y H. Pérez Brignoli, HISTORIA ECONOMICA DE AMERICA LATINA. I. SISTEMAS AGRARIOS E HISTORIA COLONIAL, Barcelona, Crítica-Grupo Ed. Grijalbo, 1984; Assadourian, C.S., "Modos de producción, capitalismo y subdesarrollo en América Latina", en Assadourian, C.S., C.F.S. Cardoso, H. Ciafardini, J.C. Garavaglia y E. Laclau, MODOS DE PRODUCCION EN AMERICA LATINA, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1982 y EL SISTEMA DE LA ECONOMIA COLONIAL. MERCADO INTERNO. REGIONES Y ESPACIO ECONOMICO, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1982.

entre los indígenas autónomos de la Pampa y el norte de la Patagonia, ya que los comerciantes 'pampas' llevaban estos artículos tierra adentro para hacer trueques. Es de notar que el consumo o el comercio de estos productos no era una rareza ocasional, sino que muchos de ellos se integraron totalmente en la vida cotidiana de las tribus, hasta el punto de incluirse en las dotes matrimoniales. Algunas materias primas eran indispensables; por ejemplo el añil, principal tinte usado en la tejeduría nativa, era un insumo importado, y también había gran demanda, desde el mismo siglo XVI, por los artículos de hierro (a veces para usar su metal en la fabricación de puntas de lanza, cuchillos, etc.). Para la última década del siglo XVIII, tabaco y yerba paraguaya eran "de absoluta necesidad" según el capitán Pedro Andrés García, de acuerdo con hábitos de consumo adquiridos casi dos siglos antes. Al respecto, resulta muy interesante un trabajo de Crivelli Montero en que se interpretan las invasiones de la década de 1780 en Buenos Aires en gran parte como una forma de presionar por parte de los indígenas para lograr una "paz mercantil" y reestablecer el entonces interrumpido comercio con la ciudad<sup>53</sup>.

Para el siglo XIX la situación se mantiene en tiempos republicanos, pese a la decadencia de Potosí: en Chile, California comenzará a competir con el Perú por los productos locales, mientras que Buenos Aires seguirá orientando su producción hacia ultramar y el Brasil, de modo que la demanda de ganado y sus derivados se mantiene firme. A esto se suma la demanda local de productos indígenas (tejidos, talabartería, peletería, etc.). Para estos momentos, una ojeada a las listas de 'raciones' entregadas a las tribus en tiempos de paz, a los papeles de comerciantes y a las descripciones de algunos viajeros, nos muestran como contraparte el peso de muy variados productos importados en la vida indígena: ropa, calzado, herramientas, armas, bebidas alcohólicas, azúcar, yerba y otros alimentos, tabaco, fósforos y hasta instrumentos musicales. Mandrini -que ha estudiado el comercio interétnico en la región pampeana- proporciona cifras del notable volumen del flujo de mercancías hacia las tolderías<sup>54</sup>.

---

<sup>53</sup> Crivelli Montero, E.E., EL MALON COMO GUERRA. EL OBJETIVO DE LAS INVASIONES DE 1780 A LA FRONTERA DE BUENOS AIRES, Buenos Aires, m.s.; García, P.A., "Diario...", cit.

<sup>54</sup> Mandrini, R.J., "La sociedad..." y "Desarrollo...", cit. Estos aspectos se desarrollan parcialmente en Palermo, M.A., "Reflexiones...", cit., pero en particular son objeto de otro trabajo del autor, en preparación.

De este modo, aunque los indígenas mantuvieron su independencia política y controlasen sus territorios, logrando muchas veces tener en jaque a las ciudades hispanas y sus áreas de influencia, y aunque efectuasen un eficaz juego entre los intereses contrapuestos de las distintas áreas del mundo colonial y republicano, se encontraban en el fondo en una situación de dependencia respecto del exterior, pese a que durante mucho tiempo, merced al equilibrio de fuerzas y a la contraposición de intereses de los 'blancos', pudiesen negociar de manera relativamente fructífera. El equilibrio se rompió definitivamente en la Argentina durante la década de 1870, cuando en el marco de una serie de grandes innovaciones económico-sociales, las posibilidades en ciernes de la futura industria frigorífica junto con el auge de la cría de ovinos hicieron imprescindible para una ganadería moderna la ocupación del espacio pampeano en manos de los indígenas: sectores locales y extranjeros vinculados con ella financiarán en parte las campañas que terminarían con el poderío de las tribus.

Volviendo atrás en el tiempo, digamos que la obtención de ganado por los indios tuvo dos modalidades. La primera fue la captura de animales salvajes, pero cuando estos comenzaron a escasear en el siglo XVIII por sobreexplotación desde los centros criollos, hecho en coincidencia con avances de las fronteras sobre tierras de los indígenas éstos comenzaron a llevarse reses de las estancias por medio de los 'malones' o 'invasiones'. No obstante, como bien señala Crivelli Montero, el malón no puede entenderse siempre como una mera expedición de búsqueda de ganado, porque en muchos casos fue una neta actividad de guerra tendiente a lograr determinadas condiciones en las relaciones con el mundo hispano-criollo<sup>55</sup>. En el mismo sentido, también nos parece interesante ver las vinculaciones entre los malones y previas agresiones de los 'blancos'<sup>56</sup> y recordar que en esas incursiones, además de la apropiación de animales y cautivos, se daban una serie de conductas que excedían el marco de un simple raid buscando bienes económicos, pues había matanza de personas, incendios y destrucciones varias.

---

<sup>55</sup> Crivelli Montero, E.E., EL MALON..., cit.

<sup>56</sup> Véanse, entre otros, los casos proporcionados por el P. Lozano (cit. por Leonhardt, C., "La misión de los indios pampas. La región de Mar del Plata y del sur de la provincia de Buenos Aires hace dos siglos", ESTUDIOS, XXVI y XXVII, 1924, p. 299), el virrey Vértiz (carta, cit. nota 17) y el trabajo de Muñiz (Muñiz, R., LOS INDIOS PAMPAS, Buenos Aires, Librería y Ed. La Facultad, 1929).

En materia de transformaciones en la vida indígena, una muy importante y en buena parte atribuible a la proliferación local de ganado, es la araucanización de la Pampa y el norte de la Patagonia. Seguramente los contactos entre etnias a uno y otro lado de la cordillera fueron muy antiguos, y la asiduidad de los mismos para el siglo XVI -como ya vimos- hacen suponer que datan de tiempos prehispanos, hecho del que la Arqueología da indicios<sup>57</sup>, aunque aún queda bastante camino por recorrer en este campo. Pero dos variables combinadas hacen que desde el siglo XVII la influencia 'araucana' se haga sentir crecientemente, irradiando desde el Neuquén hacia la Pampa, para concluir con la instalación directa de tribus procedentes de Chile. Una fue la presión española en ese país, que provocó movimientos de población hacia el sur del Bio-Bío, con la consiguiente compresión en los territorios indígenas, fenómeno compensado parcialmente por la merma demográfica producida allí por epidemias, cuativerio de personas y muertes directa o indirectamente causadas por la guerra (caídos en batallas o en masacres hechas por los españoles, hambrunas por destrucción de cosechas, etc.). El otro factor fue el interés por controlar directamente el abastecimiento de animales al este de los Andes, sea por la realización de incursiones primero, para terminar con la instalación permanente en zonas estratégicas para el tráfico ganadero. Para el siglo XVIII la presencia de 'araucanos' era usual en el futuro territorio argentino, y las tribus locales iban adoptando muchas pautas de ese origen, incluso frecuentemente con reemplazo de la lengua. Este proceso no se dio por conquista (aunque hubo algunos enfrentamientos armados) sino que en gran parte ha de explicarse por la proliferación de grupos mixtos étnicamente, fenómeno mucho más frecuente de lo que podría creerse (tema que abordamos en un trabajo en preparación). Por razones comerciales, además, el idioma araucano se convirtió pronto en una lengua franca.

La araucanización del área trajo una serie de innovaciones culturales. Dos de ellas, antes mencionadas, son la introducción de la agricultura, que incluía cultígenos importados, y el tejido. Otros cambios que se superponen con el auge ganadero indígena, han solido atribuirse causalmente al mismo, aunque quizá tengan un origen más complejo; tal es el caso de la tendencia a la formación de grandes confederaciones de tribus (fenómeno bien manifiesto en el siglo XIX) que, si bien tuvo gran eficacia en la guerra y en la coordinación del tráfico y de la obtención de animales, posiblemente se deba más que nada a un aporte 'araucano' inserto en la vida local.

---

<sup>57</sup> Hajduk, A., "Algunos...", cit., p. 7.

Por otra parte, es algo discutible que hasta el siglo XVI los indígenas pampeano-patagónicos se agruparan exclusivamente en pequeñas bandas, como se ha solido pretender, en contraste con una supuesta generalización posterior de grandes unidades sociales. Para 1520, por ejemplo, en la Patagonia austral había parcialidades al parecer bastante numerosas, en una época muy previa a la introducción del ganado, y los querandíes bonaerenses podían organizarse en gran número, como hicieron en ocasión del ataque a la primera Buenos Aires, cuando aún no manejaban caballos ni vacas. En contraposición, por ejemplo, en 1740 (ya totalmente incorporados el ganado y otros animales domésticos) los cuatro caciques 'pampas' y 'serranos' que formaron el núcleo inicial de la Reducción de los Pampas del Salado sólo reunían en total unas 300 personas y en 1806, en pleno auge ganadero, en partes del territorio ranquel la reunión de 100 hombres parecía un hecho extraordinario<sup>58</sup>. Con esto no se pretende de ningún modo que el panorama fuese similar en todas partes, sino que es aventurado generalizar al respecto sobre una supuesta tendencia a la formación de grandes grupos.

Un aspecto interesante por desentrañar es el de evolución de los volúmenes de población indígena en esta área durante los siglos XVI a XIX. Seguramente la insuficiencia de fuentes dificulte determinar fehacientemente datos muy certeros, pero debería intentarse correlacionar la posible curva de crecimiento con dos variables contrapuestas: de un lado, la disponibilidad de una abundante fuente de alimentos a lo largo de todo el año a partir de la difusión del ganado y -desde el siglo XVII y especialmente el XVIII- la irrupción de la agricultura; por otra parte, los efectos negativos de las frecuentes epidemias desatadas desde comienzos de la conquista.

En otro plano demográfico, un tema por investigar también es si la adopción del ganado como medio de subsistencia y bien de cambio implicó alteraciones en la conformación de las pirámides de población. Algunos censos tempranos muestran en muchos casos escasez relativa de niños y tendencia al predominio masculino, en lo cual pueden influir factores sanitarios y prácticas de control de la natalidad, aborto o infanticidio selectivo. Esto puede interpretarse (provisoriamente y siguiendo a Harris) en función del peso del hombre como productor de proteínas y de la imposibilidad de mantener una pobla-

---

<sup>58</sup> Hernández, T., "Declaración...", cit., p. VIII; Palermo, M.A., "Reflexiones...", cit., p. 165; Cartas Anuas del P. Lozano, cit. por C. Leonhardt, "La misión...", cit., p. 373; De la Cruz, L., "Viage...", cit., p. 105.

ción improductiva relativamente elevada<sup>59</sup>. En cambio, las descripciones sobre la vida en las tolderías pampeanas del siglo XIX indicarían prima facie una mayor importancia numérica de la llamada 'chusma' (mujeres, niños y ancianos), acaso en consonancia con una mejor producción alimentaria. También aquí puede influir lo 'araucano'.

Otro de los efectos de la presencia del ganado en estas sociedades fue la posibilidad de acumular riqueza y concentrar poder por esa vía, aunque sin llegar a una estratificación rígida, ya que estos grupos se caracterizaron al tiempo por una notable movilidad social, en gran parte facilitada justamente por las actividades de captura de cimarrones o los malones. En función de dichas empresas, además, se desarrollaron frecuentes relaciones de adhesión a los distintos grupos -posiblemente siguiendo antecedentes precolombinos- del tipo de las planteadas por Meillassoux para pueblos cazadores-recolectores<sup>60</sup>: las posibilidades productivas presentes de los individuos permitían su unión más o menos temporaria a distintas tribus o familias -a despecho incluso de diferencias étnicas y lingüísticas- para obtener ganado o trasladarlo. También viajeros circunstanciales, refugiados criollos y gente de distintas procedencias podía 'arrimarse' a las tolderías, quedando bajo protección de los respectivos caciques con el solo compromiso de apoyar a su anfitrión y protector en las expediciones ganaderas y guerras, así como de solidarizarse con los compromisos (deudas, etc.) que aquél tuviera<sup>61</sup>.

La participación en empresas de obtención, traslado y comercio ganadero (así como la cría) favorecía además el acceso de los hombres a las esposas, ya que usualmente debía disponerse de una dote (consistente en animales y mercancías) para contraer matrimonio; a su vez, la mujer casadera significaba para sus parientes el ingreso de dichos bienes al celebrarse la boda y para el marido -además de los aspectos afectivos-, la disposición de la fuerza de trabajo femenina: las faenas domésticas, el tejido y parte del cuidado del ganado eran tareas de las

---

<sup>59</sup> Carta del gobernador Góngora, cit. nota 33; carta del gobernador Robles al rey de España, 30/04/1678, con copia del Padrón de Pampas de 1677, AGI, Charcas, 284; Harris, M., VACAS, CERDOS, GUERRAS Y BRUJAS. LOS ENIGMAS DE LA CULTURA, Madrid, Alianza Ed., 1985, p. 99.

<sup>60</sup> Meillassoux, C., MUJERES, GRANEROS Y CAPITALES. ECONOMIA DOMESTICA Y CAPITALISMO, México, Siglo XXI, 1987, pp. 28-34.

<sup>61</sup> Mansilla (UNA EXCURSION..., cit., t. 2, pp. 54 y ss.) hace una buena descripción de este último fenómeno.

mujeres.

Por otra parte el flujo de ganados desde sus puntos de cría o captura hasta sus centros de consumo o venta propició, a nuestro entender, la notable (y poco tenida en cuenta) abundancia de matrimonios interétnicos dentro del mundo indígena, que interpretamos en gran medida como respuesta a la necesidad de alianzas que facilitarían la circulación por territorios ajenos trasladando animales, para lo cual debía contarse con permiso de paso, libre acceso a pasturas y aguadas, y seguridad mínima contra eventuales enemigos codiciosos de los arreos. Tener parientes en distintas tribus era, sin duda, ventajoso a estos efectos.

La frecuencia de los malones y el tráfico ganadero, además, fomentaron la circulación por las tribus de una gran cantidad de cautivos, mayoritariamente mujeres y niños, que engrosaban la población local y aseguraban su reproducción (cuando no eran devueltos a cambio de rescates). Las cautivas podían convertirse en esposas de sus captores, que así lograban sortear el costoso pago de dotes, o eran entregadas por éstos a otros hombres a cambio de una dote equivalente a la que se obtenía por una mujer de la propia familia dada en matrimonio. Además de las funciones de reproducción biológica, estas mujeres cautivas se agregaban a la fuerza de trabajo femenina.

Un último aspecto por tratar es el de las consecuencias de la innovación agropecuaria indígena sobre los patrones de asentamiento y el sedentarismo o la movilidad de los grupos. En trabajos tradicionales de la Etnografía argentina suele darse por sentado que la adopción del caballo implica forzosamente un género de vida nómada. Es indudable que tener cabalgaduras y animales de carga permite desplazamientos eventualmente más veloces y especialmente más cómodos, pero aquí terminan las certezas al respecto. En estas dos regiones el panorama fue variado, según las épocas y según las áreas, pasando de los extremos del auténtico nomadismo hasta el sedentarismo. Los tehuelches meridionales eran nómades y sus bandas hacían largos trayectos estacionales recorriendo cientos de kilómetros de sur a norte y de este a oeste. Hacia el norte, ciertas parcialidades de tehuelches septentrionales hacían en el siglo XVIII migraciones anuales en primavera y verano desde la Cordillera hacia la actual provincia de Buenos Aires en busca de caballos, retirándose luego hacia el oeste<sup>62</sup>. Al respecto, es interesante observar cómo se integra esta pauta con aque-

---

<sup>62</sup> Falkner, T., "Descripción...", cit., p. 43; Morris, I., NARRATIVE..., cit., pp. 61-62.

llos 'pulsos' estacionales de la concentración de población y el aprovechamiento de recursos en tiempos precolombinos que mencionábamos al principio de este trabajo; lo mismo sucede con los malones, que ocurrían casi indefectiblemente entre la primavera y el fin del verano en relación con las disponibilidades de pastos y aguadas y el mejor estado del ganado para su arreo. Para comienzos del siglo XIX, los 'pampas' del sur bonaerense practicaban dentro de territorios determinados una neta trashumancia estacional, que en el verano los llevaba a las faldas de las sierras en busca de aguadas y en invierno los retornaba a las zonas bajas; algo semejante eran los traslados de los puehuenches neuquinos, que dentro de sus territorios tribales se movían según el estado de las pasturas. Pero para el siglo XVIII y el XIX otros grupos, 'araucaños' o araucanizados, tenían asentamientos permanentes, con toldos de gran tamaño y a veces construcciones de madera y paja, enramadas, corrales y chacras o sementeras que indicaban su carácter sedentario<sup>63</sup>. Ello no excluía, por supuesto, que las partidas salidas de las tolderías recorrieran a veces centenares de kilómetros para aprovisionarse de animales o comerciar; este hecho fue a veces confundido con el nomadismo -fenómeno completamente diferente-, cuando una lectura atenta y, sobre todo, desprejuiciada de las fuentes permite determinar que frecuentemente se trataba de contingentes de hombres solos y no pueblos enteros. Las descripciones de los siglos XVIII y XIX dejan avizorar para el norte de la Patagonia y la Pampa un patrón de asentamiento algo disperso aunque considerablemente uniforme, con densidad variable según las áreas y la disponibilidad de agua, con unidades de tamaño dispar (de unas pocas decenas a más de mil personas), vinculadas por una red de caminos principales (las 'rastrilladas' marcadas por el paso del ganado) y senderos secundarios que recorrían las tolderías. Esto está muy alejado de esa imagen de 'Desierto', como se llamó al área, con una conceptualización enlazada con la autojustificación de los deseos criollos de control de la misma; asociada con ese concepto aparece la caracterización de 'nómades' (como de alguien que en realidad no controla un espacio sino que se limita a recorrerlo) que se asignó desaprensivamente a los habitantes pampeano-norpatagónicos, rótulo que tiene que ver además con ciertos esquemas de evolucionismo unilineal, en que los 'salvajes' (por otra parte, denominación local para los indígenas durante mucho tiempo) son siempre errantes.

---

<sup>63</sup> García, P.A., "Diario...", cit., p. 112; Mandrini, R., "Desarrollo...", cit.; Casamiquela, R.M., UN NUEVO..., cit., pp. 105-109; Mansilla, L.V., UNA EXCURSION..., cit.; Musters, G. Ch., VIDA..., cit., p. 314.

El ganado tuvo gran influencia, no obstante, en la movilidad de estos pueblos, por sus posibilidades de transporte (en el caso del caballo o la mula) y como causa para desplazamientos. En el primer aspecto, permitió aumentar los radios de acción de las distintas unidades (y en tal sentido, diríamos que posibilitó un mayor sedentarismo al hacer factibles viajes más rápidos de ida y vuelta a los asentamientos), mientras que seguramente creaba mayor dependencia de las aguadas para abreviar las cabalgaduras y limitaba los desplazamientos a las épocas del año en que había pasturas disponibles en los trayectos. El caballo -igual que el ganado en general- llevó a un incremento de los vínculos interétnicos, aunque no por permitir viajes antes inaccesibles de a pie: ya en épocas pedestres la movilidad era notable, como demuestran los recorridos emprendidos por los querandíes en el siglo XVI (véanse la carta de Luis Ramírez y otras crónicas). Por otro lado, en los casos de tribus nómades o trashumantes, las bestias de carga eran más que nada una comodidad, pero no significaban una velocidad mayor que la de marcha a pie; las jornadas de los tehuelches meridionales ecuestres, por ejemplo, no superaban normalmente los quince kilómetros<sup>64</sup>, y muchas veces, como vimos, en grupos montados parte de la gente iba a pie, retrasando al conjunto.

En realidad, más que permitir largos viajes, el ganado muchas veces era, justamente, la finalidad de los mismos: los animales disponibles en ciertas zonas hacían converger periódicamente a los indígenas hacia ellas y, según la hipótesis de Madrazo, toda una gran área como el sector de Buenos Aires, comprendido entre el río Salado y las sierras de Tandilia habría sido poblado sólo después de la difusión del ganado europeo, pues anteriormente la escasez local de guanacos (importante fuente de alimentación) no habría permitido la instalación humana<sup>65</sup>.

---

<sup>64</sup> Casamiquela, R.M., UN NUEVO..., cit., p. 49.

<sup>65</sup> Casamiquela, R.M., "Algunas reflexiones sobre la etnología del ámbito pampeano-patagónico", CUADERNOS, I, Buenos Aires, Centro de Investigaciones Antropológicas, 1979, p. 9; Falkner, T., "Descripción...", cit., pp. 18-19; Madrazo, G.B., "Síntesis de arqueología pampeana", ETNIA, 17, Olavarría, Museo Etnográfico "D. Arce" e Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1973.

## Recapitulación

Como conclusiones generales sobre el tema, pueden señalarse las siguientes:

Los pueblos indígenas de la Pampa y la Patagonia, pese a sostener constantemente contactos con el mundo colonial, pudieron mantener su autonomía política y el control de su espacio al tiempo que incorporaban innovaciones de origen hispano, que incluían especies de valor agropecuario.

Esa autonomía no significó marginalidad respecto del espacio colonial signado por el capital comercial, sino que se produjo una integración con distintas áreas del mismo, a pesar de relaciones frecuentemente conflictivas. Esto ocurre fundamentalmente en la Pampa y Norpatagonia.

Las especies agropecuarias introducidas tuvieron una doble función en la vida indígena (en especial en las dos áreas recién mencionadas): modificaron pautas de consumo alimentario, de indumentaria, rituales, etc. y por otra parte sirvieron para la integración económica con el exterior (que en gran parte explica el auge del ganado entre las tribus) mediante su exportación a cambio de mercancías que se hicieron indispensables en la vida cotidiana. Simultáneamente, y en relación con esto, cobró especial dinámica el intercambio mercantil entre las tribus.

Entre las especies animales adoptadas (con variaciones regionales) se cuentan el caballo y su híbrido la mula, la vaca, la oveja, la cabra, la gallina y el perro (este último, como caso discutido; si existieron razas autóctonas, al menos hubo también incorporación de otras europeas). El cerdo tuvo, aparentemente, escasa aceptación.

Entre los cultígenos se cuentan el trigo, la cebada, la alfalfa, el tomate (planta americana introducida en Chile por los españoles), la lenteja, el haba, el garbanzo, el chícharo, el melón y la sandía. Ninguno de ellos fue explotado por los tehuelches meridionales, que no adquirieron la agricultura. El manzano, pese a no ser cultivado, alcanzó gran importancia en el noroeste patagónico, donde se lo aprovechó en estado silvestre.

La presencia del ganado influyó directa o indirectamente en diversas áreas de la vida social, mediante las posibilidades de acumular riqueza y poder, su participación en las dotes matrimoniales y la propiciación de matrimonios interétnicos como forma de alianza que facilitase el tráfico de animales.

La existencia de ganados incentivó la circulación y los contactos interétnicos en ambas regiones, motivando desplazamientos en su busca o para su trueque.

Estas transformaciones se operaron paralelamente con un proceso de araucanización de las etnias pampeanas y norpatagónicas; dicha araucanización -que en lo económico introdujo la tejeduría y una agricultura que contaba con cultígenos llegados desde España- tuvo que ver en gran parte con el atractivo del stock ganadero local y el control de su circulación.